

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

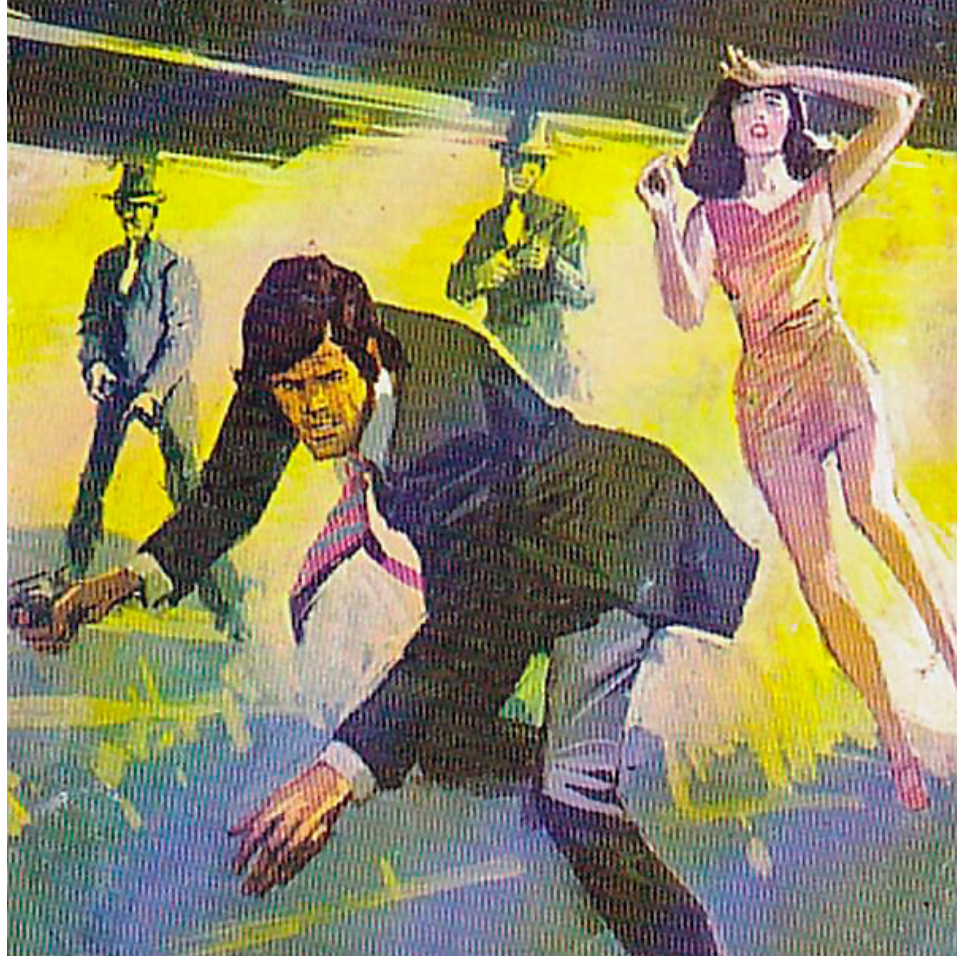
BOLSILIBROS



POLICIACO

**EL ORO DE
FORT KNOX**

**Joseph
Berná**



Milton

O'Brien

se encontraba en su casa de Miami.

Una casa magnífica, rodeada de césped, con una piscina fantástica.

Junto a la piscina, precisamente, se hallaba Milton, echado en una tumbona. Lucía un escueto bañador negro y su atlético cuerpo, todavía húmedo tras su reciente zambullida, recibía los cálidos rayos del sol de la mañana.

Milton

O'Brien

tenía treinta años de edad, el pelo oscuro y las facciones correctas. Era de elevada estatura, ya que rebasaba el metro noventa, y pesaba ochenta y ocho kilos.

Para todo el mundo, Milton era un audaz reportero internacional, capaz de conseguir los reportajes más difíciles y arriesgados, que luego vendía a un alto precio, por lo que podía considerarse un hombre rico.



Joseph Berna

El oro de Fort Knox

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1719

ePub r1.0

Lds 26.11.17

Título original: *El oro de Fort Knox*

Joseph Berna, 1983

Cubierta: Desiló

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1719. Bruguera – 1983

Colección PUNTO ROJO n.º 16. Ediciones B – 1990

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Milton

O'Brien

se encontraba en su casa de Miami.

Una casa magnífica, rodeada de césped, con una piscina fantástica.

Junto a la piscina, precisamente, se hallaba Milton, echado en una tumbona. Lucía un escueto bañador negro y su atlético cuerpo, todavía húmedo tras su reciente zambullida, recibía los cálidos rayos del sol de la mañana.

Milton

O'Brien

tenía treinta años de edad, el pelo oscuro y las facciones correctas. Era de elevada estatura, ya que rebasaba el metro noventa, y pesaba ochenta y ocho kilos.

Para todo el mundo, Milton era un audaz reportero internacional, capaz de conseguir los reportajes más difíciles y arriesgados, que luego vendía a un alto precio, por lo que podía considerarse un hombre rico.

La realidad, sin embargo, era bien distinta, porque la verdadera profesión de Milton

O'Brien

era la de agente del Servicio Secreto norteamericano.

Y no se trataba de un agente cualquiera.

Milton era de los mejores.

Tal vez el número uno.

Por ello, las misiones más difíciles, las más comprometidas y las más peliagudas, le eran confiadas a él.

Y Milton las llevaba a cabo con éxito.

Siempre.

Nunca fracasaba.

Podía resultar lastimado, herido, y ser incluso torturado, pero cumplía la misión que le había sido encomendada. Y es que, además de un hombre fuerte, ágil y resistente, muy diestro en toda clase de luchas y un tirador de primera, Milton era extraordinariamente inteligente, y siempre encontraba la manera de escapar de una situación peligrosa, incluso cuando ya nadie daba un centavo por su vida.

Para Anthony Farlow, jefe del Servicio Secreto norteamericano, Milton

O'Brien

era toda una garantía. Sólo le encontraba un defecto: su pasión por las mujeres.

A Milton le gustaban todas.

Las americanas, las francesas, las italianas, las alemanas, las suecas, las japonesas, las chinas, las musulmanas...

Era un amante internacional.

Y por eso, por ser un mujeriego, se había visto en situaciones harto comprometidas, ya que, en muchas ocasiones, las mujeres hermosas le eran puestas como cebo para atraparle.

Milton lo sabía, pero no escarmentaba.

Y no escarmentaba porque no quería escarmentar.

Para él, no había nada mejor que tener entre sus brazos una hembra de formas exuberantes, besar su boca, acariciar su cuerpo desnudo, hacerla suya...

Y seguiría pensando así hasta el día de su muerte.

Milton tenía los ojos cerrados y estaba absolutamente relajado en la tumbona, gozando de la caricia del sol.

De pronto, su desarrollado sentido auditivo captó un leve ruido.

Como una pisada ahogada.

Al instante, todos los músculos del agente secreto se pusieron en tensión, presto ya a saltar de la tumbona como impulsado por un resorte.

De momento, sin embargo, no lo hizo.

Y es que, al abrir los ojos, había descubierto a una rubia sensacional.

La chica se había quedado quieta.

Estaba a pocos metros de él y le sonreía sensualmente.

Milton la escrutó de arriba abajo, en silencio.

La rubia, desde luego, era un verdadero monumento.

Alta, piernas largas, amplias caderas, cintura estrecha, busto desarrollado...

Lucia tejanos blancos y una ceñida camiseta color naranja, y calzaba mocasines rojos.

—Hola —dijo la belleza, con voz cálida y dulce.

—¿Quién eres tú? —preguntó Milton.

—Me llamo Sylvia.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Sylvia?

—He saltado la tapia.

—¿Y qué te ha impulsado a ello?

—Sentía deseos de bañarme en su piscina.

—Bañarte en mi piscina, ¿eh?

—¿Puedo?

—Desde luego.

—Gracias.

La rubia se sacó la camiseta.

Al primer golpe de vista, Milton creyó que no llevaba nada debajo.

Y es que la pieza superior de su bikini era tan descaradamente reducida, que apenas se veía. Lo «otro», en cambio, se veía casi todo.

Milton, naturalmente, clavó sus ojos en los rotundos pechos de la tal Sylvia, dignos de presentarse al concurso de «Miss Busto» y con muchas posibilidades de ganarlo.

La chica, siempre con la sonrisa en los labios, se descalzó, se abrió el pantalón, y se lo sacó, mostrando la pieza inferior de su bikini, que era tan descarada como la superior.

El triángulo de tejido era tan reducido, que a Milton se le antojó el nudo de una corbata. Y no de los grandes.

La bella desconocida se puso las manos en las caderas y preguntó:

—¿No se baña conmigo, Milton?

—No, prefiero ver cómo te bañas tú, Sylvia —respondió el agente secreto.

—Como quiera.

La rubia se dio la vuelta.

Milton casi se la da también, pero de campana.

Sí, porque estuvo a punto de caerse de la tumbona al contemplar el maravilloso trasero de Sylvia, totalmente desnudo, porque la pieza inferior del bikini no cubría absolutamente nada de la parte de atrás.

—Qué diana, madre... —murmuró.

La chica le miró por encima del hombro izquierdo, pillándolo con los ojos fijos en su tentadora grupa.

—¿Decía, Milton?

—Nada, preciosa, nada —carraspeó el agente secreto.

—¿Cómo quiere que nade, si aún no me he lanzado a la piscina? —repuso la beldad, con ironía.

Milton emitió una risita.

—Tienes sentido del humor, ¿eh, Sylvia?

—Yo tengo de todo, Milton.

—A la vista está que sí, hermosa.

—Con su permiso, voy a zambullirme.

—Mi piscina es tuya, Sylvia.

—Gracias, muy amable —respondió la beldad, y se lanzó de cabeza a la piscina.

Emergió en seguida y nadó con buen estilo, incluso de espaldas.

Sólo permaneció unos minutos en el agua.

Luego, salió de la piscina, utilizando la escalerilla metálica, y se acercó al agente secreto.

Milton no había dejado de observarla ni un solo instante.

Y así, con el cuerpo mojado, la escultural Sylvia aún le parecía más hermosa y más deseable.

Ella volvió a ponerse las manos en las caderas y preguntó:

—¿Me echo en otra tumbona o me hace usted un huequecito en la suya, Milton?

El agente secreto se apresuró a dejarle sitio.

—Cabemos los dos en ésta, preciosa.

Sylvia se echó a su lado.

Milton, naturalmente, la rodeó con sus brazos.

—Estoy deseando besarte, Sylvia.

—Y yo estoy deseando que lo haga, Milton —confesó la rubia. Se besaron.

Larga y apasionadamente.

Y, mientras ellos permanecían con las bocas unidas, cuatro hombres saltaron silenciosamente la tapia y avanzaron con sigilo hacia la tumbona que ocupaban el agente secreto y la hermosa desconocida.

CAPÍTULO II

La rubia Sylvia había cercado el cuello de Milton O'Brien

con sus brazos, apretadamente, para que el agente del Servicio Secreto norteamericano no pudiera interrumpir el beso y descubriera a los cuatro hombres que venían hacia él.

Era el plan acordado.

Sylvia distraía al agente secreto, con sus encantos, y sus compañeros caían por sorpresa sobre él y lo atrapaban.

Y el plan estaba funcionando, porque Milton no hacía nada por separar su boca de la de ella. Es más, había empezado a acariciarle las piernas, las caderas, el vientre, los pechos, retirando el minúsculo sujetador del bikini.

Los cuatro hombres estaban ya muy cerca.

Eran altos, fornidos, musculosos.

Cuatro expertos en la lucha cuerpo a cuerpo.

Y en más cosas.

Justo en el instante en que se disponían a caer sobre Milton O'Brien,

éste realizaba un brusco movimiento con su cuerpo y él y la rubia que había intentado distraerle, sin conseguirlo, cayeron de la tumbona y rodaron por el cuidado césped.

Milton, desde el primer momento, encontró muy sospechosa la aparición de la rubia Sylvia. Por eso no quiso lanzarse a la piscina con ella. Prefirió permanecer alerta, aunque no lo pareciera, porque supo disimularlo muy bien.

Había fingido prestar toda su atención a la exuberante Sylvia, pero no era así, lo que le permitió descubrir a tiempo a los cuatro compañeros de la rubia.

Al caerse bruscamente de la tumbona, Sylvia había soltado el cuello del agente secreto, por lo que éste pudo ponerse velozmente en pie y hacer frente a los cuatro individuos.

La rubia se alejó a gatas, todavía con los pechos al aire, mientras gritaba:

—¡Atacadle!

Los cuatro hombres, que habían rodeado al agente secreto para impedir que huyera, se lanzaron a la vez sobre él.

Milton recibió con el codo derecho al que saltó sobre su espalda, incrustándoselo en el hígado.

El tipo lanzó un bramido y se derrumbó, encogido de dolor.

Simultáneamente, el agente del Servicio Secreto había disparado su mano izquierda, de canto, como si fuera una guadaña. Golpeó en la garganta al tipo que le atacaba por ese lado y lo tumbó también instantáneamente.

El sujeto no se quejó, a pesar de que abrió la boca de par en par al recibir el golpe, para dar un grito de dolor. Y lo intentó, sólo que no le salió la voz.

El hachazo lo había dejado mudo.

Y tardaría bastantes minutos en poder articular palabra alguna.

El fulano que había atacado a Milton por su derecha, falló el puñetazo, porque el agente agachó la cabeza a tiempo, hudiéndole seguidamente el puño derecho en el estómago.

El tipo rugió y se dobló, agarrándose las tripas.

Estaba en posición ideal para apuntillarlo con un seco golpe en la nuca, pero Milton no pudo asestárselo, porque el cuarto individuo, el que le había atacado de frente, cayó sobre él y lo derribó.

El agente secreto, al tiempo que caía, le dio impulso a su cuerpo levantando ambas piernas, lo que le permitió voltear al sujeto que lo había arrollado.

Una fracción de segundo después, Milton se hallaba de nuevo en pie.

Dispuesto a proseguir la lucha.

La rubia Sylvia, que ya se había colocado el brevísimo sujetador del bikini, contemplaba la pelea con la boca abierta.

Y es que no se lo explicaba.

Sabía, naturalmente, que Milton

O'Brien

era un tipo muy peligroso, pero jamás pensó que pudiera mantener a raya a cuatro hombres, aún más corpulentos y musculosos que él, y también muy diestros en la lucha, aunque hasta el momento no lo hubieran demostrado.

El individuo que recibiera el puñetazo en el estómago se enderezó y atacó al agente secreto.

Como era el único que en aquel instante estaba en pie, a Milton le fue muy sencillo burlar su puño y obsequiarle con un zurdazo a la oreja.

Y el tipo, claro, quedó sordo de ese oído.

Momentáneamente, al menos.

El fulano creyó que había quedado sordo de los dos oídos, porque tampoco captaba sonido alguno por el opuesto.

Y es que se había caído a la piscina, impulsado por el trallazo a la oreja. Como ya tocaba fondo, y no era mucho el aire que almacenaba en sus pulmones, se propulsó con los pies y se fue para arriba, emergiendo con una oreja el doble de gorda que la otra.

Y aún se le hincharía más.

Mientras tanto, el individuo que fuera volteado por el agente secreto se había incorporado, siendo imitado por el que recibiera el terrible codazo en el hígado y por el que recibiera el hachazo en la garganta.

Este último seguía mudo, lo que le tenía bastante preocupado, porque no sabía hablar por señas y tampoco tenía ganas de aprender.

La rubia Sylvia volvió a gritar:

—¡Atacadle, vamos! ¡Sois tres contra él!

—¡Cuatro! —corrigió el tipo que cayera a la piscina, pues había oído a la rubia con su oreja sana.

Ya estaba saliendo del agua.

Los otros tres se dispusieron a atacar de nuevo al agente del Servicio Secreto, pero éste decidió tomar la iniciativa. Y fue mucho peor para ellos, porque Milton pareció convertirse en un huracán.

Para empezar, y de un prodigioso salto, se elevó por los aires como si fuera un pájaro y golpeó en la cara a uno de los tipos con el talón de su pie derecho.

El desgraciado cayó como fulminado.

Se diría que había recibido una coz de caballo.

Y es que Milton parecía tener una herradura en su pie.

Su talón era duro como el hierro.

Era el resultado de practicar el karate un par de horas al día, durante semanas, meses y años.

También los cantos de sus manos parecían de hierro.

Que lo dijera, si no, el tipo al que golpeó en la garganta con el filo de su zurda.

Bueno, el fulano no podía decirlo, porque continuaba mudo.

Tras su poderoso golpe de talón, Milton la emprendió a golpes con los otros dos, utilizando sus manos abiertas.

Fueron varios hachazos, tan seguidos, que los individuos pensaron que estaban siendo atacados por un leñador profesional, de éstos que parten un tronco con sólo unos pocos golpes de hacha.

Naturalmente, los tipos se desplomaron.

Y ya no volvieron a levantarse.

Tampoco se levantó el que recibiera el terrible golpe de talón en la cara, porque estaba tan inconsciente como ellos.

Sólo quedaba el sujeto que acababa de salir de la piscina.

Y la verdad es que sentía más deseos de lanzarse de nuevo a ella que de atacar al agente secreto, después de lo que había visto. Pero no podía rehuir la lucha, así que se encomendó a todos los santos del cielo y fue hacia Milton

O'Brien,

con una oreja que ya parecía una coliflor.

Y de las grandecitas.

Milton preparó los cantos de sus manos.

El tipo tuvo la impresión de que preparaba sus hachas y temió por su esqueleto, porque ya se veía con varios huesos fracturados. Pero, como era un valiente, aunque en aquellos momentos estuviese cagado de miedo, atacó al leñador.

Es decir, al agente del Servicio Secreto.

Milton lo tomó por un tronco y la emprendió a hachazos con él, talándolo en tres segundos escasos.

El tipo quedó tirado sobre el césped, sin sentido, como sus compañeros.

Concluida la tarea, Milton se volvió hacia la rubia Sylvia.

La pobre se había quedado de muestra.

Y es que no podía creer lo que sus ojos habían presenciado.
¡Cuatro hombres contra uno!
¡Y habían fracasado!
¡Estrepitosamente, además!
Milton sonrió fríamente y caminó hacia ella, diciendo:
—Ahora voy a ocuparme de ti, guapa.

* * *

La rubia dio un salto hacia atrás, haciendo saltar también otras dos cosas.

—¡No! —gritó.

—Ya lo creo que sí, cariño.

—¡Yo no pienso atacarle, Milton!

—Yo a ti, sí.

—¡No podré defenderme! ¡No sé luchar!

—Qué raro es eso, en una leona como tú.

—¡Por favor, Milton!

—Voy a hacerte cantar, preciosa.

—¡Me sé una de Joan Báez!

—No me sirve.

—¿Y una de Tina Turner?

—Tampoco.

—¿Prefiere que imite a Liza Minnelli?

—Basta de chistes, porque sabes de sobra a qué clase de cante me refiero.

La rubia intentó escapar, pero Milton se arrojó sobre ella y la derribó. Después, se sentó sobre su vientre y le sujetó los brazos, separados de la cabeza.

—¿Quién os envió? —preguntó.

—No se lo va a creer.

—Su nombre.

—Anthony Farlow —confesó la chica.

CAPÍTULO III

La respuesta de la rubia Sylvia dejó perplejo al agente secreto.

—Repítelo —pidió.

—Anthony Farlow.

—Mientes, hermosa.

—No, estoy diciendo la verdad. Nos envió Anthony Farlow.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Yo sé por qué.

—Porque es su jefe, ¿no?

Milton

O'Brien

guardó silencio durante unos segundos.

—Estás enterada, ¿eh? —rezongó, después.

—Sí, sé que lo de reportero internacional es sólo una tapadera, que usted, en realidad, es miembro del Servicio Secreto.

—¿Cómo lo averiguaste?

—El señor Farlow nos lo dijo.

—No te creo.

—Nosotros también trabajamos para él, Milton.

—No me hagas reír.

—Se lo juro.

—Voy a arrancarte la verdad, encanto.

—Ya se la he dicho, así que no necesita arrancarme nada.

—Para empezar, el sujetador del bikini.

—¡No! —gritó la rubia, debatiéndose.

—Ya lo hice antes, y te pareció muy bien.

—Porque estaba representando un papel.

—Imagínate que sigues con él.

—¿Por qué quiere dejarme con los pechos al aire? ¿Qué piensa hacerme?

—Hablar.

—¿Cómo?

—A mordiscos.

—¡Si me muerde los pechos no me hará hablar, sino gritar de dolor!

—Eso es lo que te hará soltar la verdad, el dolor.

—¡Pero si ya se la he dicho, se lo repito! ¡Cumplíamos órdenes del señor Farlow!

—Como chiste, vale.

—¡No es un chiste!

—Ahora me dirás quién os envió, muñeca —sonrió siniestramente el agente secreto, y se dispuso a arrancarle la telita superior del bikini.

—¡No, Milton! —chilló Sylvia.

El agente no hizo caso y le arrancó la prenda.

Justo en ese momento, alguien dijo:

—Suelta a la chica,

O'Brien.

Milton miró hacia la puerta del jardín, porque la voz procedía de allí, y se quedó paralizado.

¡Era Anthony Farlow, el jefe del Servicio Secreto norteamericano!

* * *

La rubia Sylvia soltó un gruñido.

—¿Me cree ahora, Milton?

—Sí —murmuró el agente secreto.

—Entonces suélteme y devuélvame el sujetador del bikini.

O'Brien

obedeció y se irguió lentamente, sin dejar de mirar a Anthony Farlow, porque no comprendía nada.

La rubia se colocó rápidamente la prenda y se levantó también.

—Dígame una cosa, Milton.

—¿Qué?

—¿Iba en serio lo de morderme los pechos con saña, para

hacerme hablar?

El agente la miró y sonrió levemente.

—Te los hubiera mordido, pero no con saña. Y te habría gustado, te lo aseguro.

—¿Quiere decir que me hubiera causado placer, en vez de dolor?

—Sí, ésa es la tortura que menos resisten las mujeres, el placer intenso y prolongado. Me hubieras dicho hasta la marca de las papillas que te daba tu madre cuando eras pequeña.

La chica rió.

—Cuánto sabe usted, Milton.

—De mujeres, más que nadie.

—Algún día me lo demostrará.

—Cuando quieras, nena.

Anthony Farlow se dejó oír de nuevo:

—Basta de charla,

O'Brien.

Te estoy esperando.

—Sí, jefe —respondió Milton, y echó a andar hacia la puerta del jardín, no sin antes darle una cariñosa palmadita en la cadera a la excitante Sylvia.

Anthony Farlow contaba cuarenta y tres años de edad, era alto, delgado, pero fuerte. Vestía un impecable traje de verano.

Cuando alcanzó la puerta del jardín, Milton preguntó:

—¿Qué diablos significa esto, señor Farlow?

—¿Te refieres a la actuación de la chica y los tipos,

O'Brien?

—Naturalmente.

—Quería saber si estabas en forma, eso es todo.

—¿En forma?

—Sí, ágil de cuerpo y de mente.

—Siempre lo estoy.

—Discúlpame, pero tenía que asegurarme.

—¿Por qué?

—Tengo que encargarte una misión difícil.

—¿Cuándo me ha encargado una misión fácil? —repuso Milton, con ironía.

El jefe del Servicio Secreto sonrió levemente y dijo:

—Ésta será la más difícil de todas,
O'Brien.

—¿De qué se trata?

—Hablares dentro. Vamos.

Entraron los dos en la casa.

Mientras caminaban hacia el despacho de Milton, Anthony Farlow preguntó:

—¿Qué te ha parecido Sylvia,
O'Brien?

—Está estupenda, jefe.

—Aun así, no logró distraerte totalmente.

—Era eso lo que usted quería, ¿eh?

—Bueno, fue lo que le ordené, pero yo, en el fondo, deseaba que no lo consiguiera.

—¿Por qué?

—En la misión que voy a encomendarte te tropezarás con mujeres tan hermosas y tan tentadoras como Sylvia, y quería estar seguro de que no te distraerás con ellas, porque podría costarte muy caro.

—A mí las mujeres nunca me cuestan nada, jefe. Las consigo gratis —aseguró Milton, sonriendo.

—Déjate de bromas, que ya sabes a lo que me refiero —rezongó Farlow.

—Si es cierto que voy a tropezarme con mujeres tan exuberantes como Sylvia, ya me gusta la misión, jefe.

Anthony Farlow le apuntó con el dedo y gruñó:

—Esta vez quiero que te olvides por completo de las mujeres,
O'Brien.

—¿Olvidarme yo de algo tan hermoso?

—¡Es una orden,

O'Brien!

—¿Para qué me la da, si sabe que no voy a cumplirla? En cuanto veo un par de piernas bonitas...

—

¡O'Brien!

—rugió Farlow.

Milton le dio un par de palmaditas a la espalda.

—Tranquilo, jefe. Con mujeres o sin mujeres, cumpliré la

misión, puede estar seguro.

—¡No, no lo estoy!

—¿Le he fallado alguna vez?

Como no podía responder que sí, porque mentiría, el jefe del Servicio Secreto entró gruñendo en el despacho de Milton, Este entró también, riendo por lo bajo, y cerró la puerta.

—Bien, jefe, ya puede decirme de qué se trata.

Farlow lo miró.

—No te lo vas a creer,

O'Brien.

—Eso mismo dijo Sylvia, antes de confesarme que cumplían órdenes de usted.

—Lo mío es mucho más gordo.

—Suéltelo ya, jefe.

Farlow inspiró profundamente y dejó caer la bomba:

—Han asaltado Fort Knox.

* * *

Milton

O'Brien

se quedó con la boca abierta. Cuando pudo hablar, que fue casi un minuto después, balbuceó:

—¿Que han qué?

—Asaltado Fort Knox —repitió Anthony Farlow.

—¡No es posible!

—Lo mismo pensé yo, cuando me lo dijeron —suspiró el jefe del Servicio Secreto norteamericano.

Milton guardó silencio.

Se resistía a admitir que Fort Knox hubiese sido asaltado.

Era una fortaleza inexpugnable.

El lugar más seguro del país.

El que más garantías ofrecía.

Por eso se guardaban en él las reservas de oro de los Estados Unidos.

Miles de lingotes.

Millones de kilos de oro.

Milton, que tenía la mirada perdida, volvió a clavar sus ojos en

Anthony Farlow.

—¿Cuándo sucedió?

—La noche pasada —respondió el jefe del Servicio Secreto.

—¿Y cómo pudo ocurrir?

—No lo sabemos, porque todos los guardianes que se tropezaron con los asaltantes, fueron eliminados sin contemplaciones. Ninguno de ellos puede contar lo que sucedió.

—¿Y cuánto oro se llevaron?

—Mucho. Tanto, que si se supiera que Fort Knox ha sido asaltado, el dólar americano perdería la mitad de su valor en los mercados internacionales.

—Sería una catástrofe —murmuró Milton, después de largar un silbido.

—No se sabrá —aseguró Farlow—. Pero hay que recuperar todo ese oro,
O'Brien.

Y pronto.

—¿Se tiene alguna idea de quién pudo planear el asalto a Fort Knox, jefe?

—Tenemos varios sospechosos. El principal, Francis Murray.

—No me dice nada ese nombre.

—Es un millonario que tiene su residencia en Acapulco. Posee una lujosa mansión, fuertemente custodiada. Y pensamos que el oro de Fort Knox se encuentra allí.

—Mi misión consiste en averiguarlo, ¿no?

—Así es.

—Saldré inmediatamente hacia México, jefe.

—Ya tienes reservada habitación en el hotel Pacífico, de Acapulco.

—Perfecto.

—Alguien se pondrá en contacto contigo allí, en cuanto llegues.

—¿Quién?

—Una mujer.

—Me gustan esa clase de contactos —sonrió Milton.

Farlow emitió un gruñido.

—Se llama Sabrina Clayton. Ella te llevará a la mansión de Francis Murray, para que puedas echarle una ojeada por dentro.

—¿A Sabrina o a la mansión de Murray?

El jefe del Servicio Secreto dio una furiosa patada en el suelo.

—¿Quieres hacer el favor de hablar en serio, maldita sea? — rugió.

Milton se echó a reír.

—No se altere, jefe. El oro robado volverá a Fort Knox, se lo prometo.

CAPÍTULO IV

A media tarde, Milton

O'Brien

entraba en el hotel Pacifico, de Acapulco, vistiendo una elegante chaqueta color hueso, un pantalón azul, y una magnífica camisa grana, de cuello abierto y botones plateados.

Uno de los botones del hotel se había hecho cargo de su maleta, pero no así de sus dos cámaras fotográficas. Las llevaba el agente secreto, bien exhibidas, para que nadie dudara de que se trataba de un reportero.

Milton fue directamente hacia el mostrador de recepción.

—Soy Milton

O'Brien.

Reservé una habitación.

El recepcionista sonrió con amabilidad.

—Le estábamos esperando, señor

O'Brien.

Su habitación es la 312. Es una de las mejores.

—Me alegro.

—Un reportero de su fama, se merece lo mejor en todo.

—Gracias.

—Le acompañaré personalmente a su habitación, señor

O'Brien.

—Muy amable.

El recepcionista tomó la llave de la 312 y salió de detrás del mostrador.

—Sígame, señor

O'Brien.

El agente secreto caminó detrás del recepcionista, seguido del

botones que cargaba con su maleta. Se introdujeron en uno de los ascensores y se fueron para arriba.

Poco después, Milton se hallaba en la habitación 312.

Realmente, era una habitación magnífica, con una larga terraza que daba al mar. Desde allí se podía contemplar a los clientes del hotel que se estaban bañando en la piscina o tomando el sol alrededor de ella.

Mujeres, había muchas.

Todas en bikini.

Y algunas, sólo con la pieza inferior, para que también sus senos recibiesen la agradable caricia de los rayos solares.

Milton sonrió y comentó:

—Acapulco es un auténtico paraíso.

—Desde luego, señor

O'Brien

—asintió el recepcionista, que un par de minutos después se retiraba, junto con el botones, al que el agente secreto dio una propina.

Milton permaneció en la terraza, los brazos apoyados en la barandilla, observando a los bañistas.

A las bañistas, para ser exactos.

Y más concretamente, a las que se habían desprendido del sujetador del bikini.

De pronto, llamaron a la puerta.

Milton abandonó la terraza, cruzó la habitación y abrió la puerta.

Casi se le escapa un silbido de admiración.

Y no era para menos.

La chica tenía el pelo castaño, los ojos verdes, los labios rojos y brillantes, ligeramente húmedos. A la belleza de su rostro, había que unir la perfección de su cuerpo, con los relieves necesarios.

Milton le concedió unos veintitrés años de edad.

Y

90-58-90

de lo otro.

—¿Milton

O'Brien?

—preguntó la chica, que lucía un ligero vestido estampado, abierto

por delante, lo que le permitía mostrar una parte de sus esbeltos y bronceados muslos.

—El mismo —respondió el agente.

La joven le tendió su manita.

—Soy Sabrina Clayton.

Milton le estrechó la mano.

—Encantado, Sabrina.

—¿Puedo pasar?

—Adelante.

La muchacha entró en la habitación, cuya puerta cerró Milton.

—Acaba de llegar, ¿verdad? —dijo Sabrina.

—Sí, llevo sólo unos minutos en el hotel.

—¿Le dijeron que yo me pondría en contacto con usted?

—Sí.

—Tengo que llevarle a la mansión de Francis Murray.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

—Entonces, tenemos toda la noche por delante —dijo Milton, cogiéndola suavemente por la cintura.

—¿Para qué? —preguntó ella, sin ponerse nerviosa.

—¿Qué sugieres tú, Sabrina?

—Puedo enseñarle Acapulco.

—Ya lo conozco.

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—Conocernos mejor el uno al otro —respondió Milton, atrayéndola hacia sí.

Sabrina quedó pegada a él, por lo que el agente secreto pudo constatar la firmeza de sus senos y el calor que emanaba de ellos, porque se hallaban totalmente libres bajo el delgado vestido.

Se miraron a los ojos.

Después, Milton acercó su boca a la de ella.

Sabrina le puso las manos en el pecho.

—¿No cree que va demasiado de prisa, señor O'Brien?

—Tengo que hacer honor a mi apodo.

—¿Qué apodo es ése?

—Me llaman Milton *el Cohete*.

—¿Cohete atómico... o de pólvora negra, como los que lanzan

en las fiestas?

—Todo en mí es atómico, Sabrina.

—¿De veras?

—Sí.

—Entonces, tendré que separarme de usted, porque la radioactividad es muy peligrosa.

—La mía es beneficiosa para el cuerpo.

—¿Cómo es eso?

—Déjame que te bese y lo sabrás.

—¿Acabará todo ahí, con el beso?

—No, será el comienzo.

—Entonces, prefiero que no me bese.

—Te gustará, ya verás.

—Es posible, pero...

—Venga, acerca esa boquita tan preciosa.

—No.

Milton intentó alcanzar los rojos labios de Sabrina.

Entonces, ocurrió lo que el agente secreto menos se esperaba.

Sabrina lo agarró del brazo derecho, se giró con rapidez, y lo volteó por encima de su cabeza, estrellándolo de espaldas contra el suelo.

Milton dio un grito al chocar y después se quedó muy quieto, con los brazos abiertos y las rodillas levantadas. Sabrina dio unos pasos y quedó frente a él.

—¿Se encuentra bien, señor O'Brien?

—preguntó, con burlona sonrisa.

—¿Por qué me has dado este batacazo, Sabrina? —Gruñó el agente secreto, sin moverse.

—Era la única manera de evitar que me besara.

—Dime la verdad.

—¿Qué verdad?

—El señor Farlow te puso en guardia contra mí, confíesalo.

—No sé de qué me habla.

—Conque no, ¿eh? —masculló Milton, incorporándose.

—El señor Farlow sólo me dijo que me pusiera en contacto con usted, señor O'Brien.

—Y tú me has puesto en contacto con el duro suelo.

Sabrina Clayton soltó una risita.

—Qué chite más bueno.

—Casi me has roto el espinazo, ¿sabes?

—No me lo creo.

—Tenías que habérmelo dicho.

—¿El qué?

—Que sabes judo.

—¿No hubiera intentado besarme, de haberlo sabido?

—Lo hubiera intentado igualmente, pero con precauciones.

—Entonces, me alegro de no habérselo dicho.

—Ahora ya lo sé, nena —rezongó Milton, y dio un paso hacia ella.

Sabrina se distanció, dando un salto hacia atrás.

—¿Va a intentarlo de nuevo, señor

O'Brien?

—¿Tú qué crees?

—Le aconsejo que desista.

—¿Por qué?

—Puedo incrustarle una rodilla entre los muslos. Y le dolería mucho.

—Al señor Farlow no le gustaría, preciosa.

—Precisamente fue él quien me lo sugirió.

—¿Qué? —murmuró Milton, quedándose parado.

—Me dijo que, si intentaba usted propasarse, lo volteara y lo estrellara contra el suelo. Y que si insistía, le diera con la rodilla entre muslo y muslo, para quitarle las ganas de... Bueno, ya sabe a lo que me refiero.

El agente secreto rezongó una maldición.

—Conque no te había puesto en guardia contra mí, ¿eh?

—Le mentí.

—¿Sabes lo que hago yo con las mujeres embusteras?

—¿Con las guapas o con las feas?

—Con todas.

—Dígamelo.

—Las dejo con el culo al aire y les doy de azotes hasta que me duele la mano.

Sabrina respingó.

—No pensará hacer eso conmigo, ¿verdad?

—Ahora mismo.

—¡Ni lo sueñe! —exclamó la joven, y echó a correr, pero no hacia la puerta de la habitación, porque Milton le cortaba deliberadamente el paso.

Sabrina corrió hacia la terraza.

Y, cuando Milton salió a ella, la muchacha había desaparecido.

CAPÍTULO V

Milton
O'Brien

no quiso seguir a Sabrina Clayton.

Ya tendría ocasión de atraparla y cobrarse el batacazo.

Entró de nuevo en la habitación, abrió su maleta, después de colocarla sobre la cama, y empezó a sacar cosas de ella, guardándolas en los cajones de la moderna cómoda.

También puso cosas en el armario, en donde guardó la maleta, vacía ya. Bueno, aparentemente vacía, porque la maleta tenía un doble fondo, en el que el agente secreto llevaba cosas que no tenían nada que ver con su falsa profesión.

Si alguien daba con ellas, sabría que Milton no era reportero internacional, sino algo mucho más serio y peligroso.

Deshecho ya su equipaje, el agente se desvistió, conservando únicamente el *slip*. Después, se introdujo en el baño, para darse una ducha de agua fría.

La temperatura era alta y apetecía refrescarse.

Milton se despojó del *slip* y se colocó debajo de la ducha.

Segundos después, el agua corría por su musculoso cuerpo, que el agente se friccionó con la pastilla de jabón.

El rumor de la ducha, sin embargo, no impedía que el ágil oído de Milton detectara un leve ruido en la habitación.

Alguien se había colado en ella.

Y Milton estaba seguro de que no era Sabrina Clayton, después de haberle dicho que pensaba dejarla con el culo al aire y ponérselo colorado a palmetazos.

El agente secreto, sin cerrar la llave de la ducha, porque quería que el misterioso intruso creyese que seguía debajo de ella,

abandonó la ducha y atrapó silenciosamente la toalla.

Sólo se secó la cara y las manos con ella. Después, se la enrolló a la cintura y se acercó a la puerta del baño, que estaba solamente entornada.

Milton miró por el hueco, comprobando que, efectivamente, había alguien en su habitación. Y que, tal como había pensado, no era Sabrina Clayton.

Era un hombre.

Había registrado ya los cajones de la cómoda y ahora estaba haciendo lo propio con el armario.

Milton le vio coger su maleta.

El tipo la abrió y hurgó en ella, como si adivinara que disponía de un doble fondo y quisiera saber lo que había en él.

El agente secreto no esperó más.

Tenía que impedir que el tipo encontrara la manera de abrir el doble fondo de su maleta, así que salió rápidamente del baño y corrió hacia el individuo.

—¡Deja esa maleta!

El fulano respingó al verse descubierto y se llevó velozmente la mano a la axila, para empuñar su pistola, pero no le dio tiempo a sacarla.

Milton se había arrojado sobre él como un tigre.

El tipo trató de quitárselo de encima, pero el agente secreto le atizó un par de puñetazos en el rostro, muy duros, y lo dejó medio aturdido.

Milton buscó en la axila zurda del individuo y le arrebató el arma.

Era una magnífica Luger.

Provista de silenciador, además.

Milton agarró al tipo y lo levantó.

—¡Arriba, amigo!

El fulano no intentó nada, porque Milton le hundía literalmente el extremo de la Luger en el estómago. El agente secreto, además, lo agarraba de la chaqueta con su mano izquierda.

—¿Qué buscabas? —interrogó Milton.

El tipo, tras un titubeo, respondió:

—Alguna cosa de valor.

—Eres un caco, ¿eh?

—Sí.

—Un vulgar ladrón.

—Eso es.

—Armado nada menos que con una Luger. Y con silenciador y todo.

El individuo no supo qué responder, porque comprendía que no era normal que un vulgar ladrón llevara una magnífica pistola alemana provista de silenciador.

Era más propio de un asesino profesional.

Milton presionó más con el extremo del arma sobre el estómago del fulano.

—¿Quieres tener dos ombligos en vez de uno?

—¿Cómo?

—Te lo diré más claro. ¿Quieres que te aloje un plomo en las tripas?

El tipo palideció.

—No, por favor.

—Entonces, habla.

El sujeto se humedeció los labios con la lengua, porque se le habían quedado muy secos.

—¿Qué quiere saber?

—La verdad.

—Le he dicho que...

—Sí, que eres un vulgar caco, pero eso no se lo cree ni un niño de pecho. Y mi madre ya hace tiempo que dejó de alimentarme con los suyos, ¿sabes?

El individuo, muy nervioso, balbuceó:

—Bueno, yo..., yo...

—Quiero saber quién te envió. Y me lo vas a decir, porque si no sentirás que algo te abrasa las entrañas. ¡Y será una bala!

El tipo iba a responder, cuando vio asomar el cañón de una pistola, también provista de silenciador, por la puerta que daba a la terraza.

Y se alegró, claro.

Era el arma de su compañero.

Él le libraría de Milton

O'Brien,

porque éste se hallaba de espaldas a la terraza y no podía descubrir

que estaba siendo apuntado por una pistola.

* * *

Milton

O'Brien

advirtió que los ojos del tipo al que había sorprendido registrando su habitación brillaban de pronto, aparte de haberse desviado momentáneamente de los suyos.

El agente secreto adivinó que estaba mirando por encima de su hombro derecho. Y adivinó, también, que algo estaba sucediendo a sus espaldas.

Algo que alegraba al tipo.

Y si alegraba al tipo, no podía ser bueno para él.

Con la celeridad que le caracterizaba, Milton se giró e hizo girar también al individuo, para utilizarlo como escudo.

Y eso le salvó la vida, porque el compañero del tipo ya estaba disparando.

Las balas las recibió el fulano que el agente secreto utilizaba como escudo, dos en el pecho y otra en el estómago.

Milton respondió al fuego del otro individuo, enviando un par de proyectiles, mientras sostenía al tipo que le servía de protección. Pesaba como un demonio, porque era ya un cuerpo muerto.

Un cadáver.

El otro sujeto se convirtió también en cadáver apenas recibir las dos balas que le enviara Milton, porque se alojaron en su caja torácica y una de ellas le atravesó el corazón.

El fulano se desplomó en el acto, quedando tendido en la puerta de la terraza.

Milton soltó al otro.

Ya no le servía para nada.

CAPÍTULO VI

En recepción sonó el teléfono interior del hotel.

El recepcionista, que en aquel momento no atendía a nadie, tomó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Diga?

—Aquí la 312.

—¡Ah!, hola, señor

O'Brien

—sonrió el tipo, reconociendo inmediatamente la voz del falso reportero internacional.

—Hablo con el encargado de recepción, ¿verdad?

—Efectivamente, señor

O'Brien.

—¿Cómo se llama usted?

—Lorenzo Sánchez, para servirle.

—¿Puede subir un momento a mi habitación, Lorenzo?

—¿Tiene algún problema, señor

O'Brien?

—Dos.

—Subo inmediatamente.

—Gracias, Lorenzo.

El recepcionista colgó el teléfono y subió rápidamente a la habitación 312. Apenas llamó, Milton

O'Brien

le abrió la puerta, aunque sólo un palmo, lo suficiente para asomar la cabeza.

—Aquí me tiene, señor

O'Brien.

—¿Se impresiona usted con facilidad, Lorenzo? —preguntó el

agente secreto.

—Creo que no.

—Entonces, pase —rogó Milton, abriendo más la puerta.

El recepcionista entró en la habitación.

Al descubrir los dos cadáveres, dio un salto de mono y exclamó:

—¿Qué es eso?

Milton, que había cerrado la puerta con mucha rapidez, respondió:

—Mis dos problemas, Lorenzo.

—¿Están... muertos? —preguntó el recepcionista, haciendo un gallo con la voz.

—Más que mi abuela —asintió el agente secreto.

El encargado de recepción lo miró con ojos dilatados y la cara muy pálida.

—¿Qué ha pasado, señor

O'Brien?

Milton, que seguía cubriéndose con la toalla, explicó:

—Me estaba duchando cuando oí un leve ruido. Salí en seguida y descubrí que estos dos tipos estaban registrando mi habitación. Luchamos, el uno sacó una pistola, yo se la arrebaté, el otro esgrimió también su arma y... Bueno, él mató a su compañero, porque yo me escudé con su cuerpo, y yo lo maté a él.

—Santísima Virgen de Guadalupe —musitó el recepcionista.

—Tenemos que librarnos de los cadáveres, Lorenzo.

—¿Librarnos?

—Sí, cuanto antes.

—¿No vamos a avisar a la policía?

Milton sacudió la cabeza.

—Ni le conviene al hotel, ni me conviene a mí. Éste es un hotel importante, Lorenzo, y que se divulgue que dos indeseables entraron en una de las habitaciones, con intención de robar, no le beneficiaría en absoluto.

—Desde luego que no —estuvo de acuerdo el recepcionista.

—A mí tampoco me beneficiaría, Lorenzo, porque soy un reportero de cierta fama y... Bueno, siempre resulta desagradable que uno haya matado a alguien, aunque fuera en defensa propia. Lo entiende, ¿verdad?

—Sí, claro.

Milton le palmeó la espalda.

—Celebro que estemos de acuerdo, amigo Lorenzo.

—¿Cómo vamos a librarnos de los cadáveres, señor O'Brien?

—Oh, será muy sencillo, Lorenzo. Escoja usted a dos de los empleados del hotel que sean de su absoluta confianza y cuénteles lo sucedido. Después, regresa aquí con ellos y con dos de los carros que utilizan para transportar la ropa sucia. Meteremos los fiambres en los carros, bien tapaditos, y los sacarán así de la habitación.

—¿Y cómo los sacaremos del hotel?

—A eso iba, Lorenzo. Los sacarán cuando haya anochecido, en un vehículo del hotel, y los dejarán en un lugar solitario. Como los tipos eran dos delincuentes, la policía no se esforzará demasiado en averiguar quién los mató y dónde.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—Muy bien, señor

O'Brien.

Lo haremos como usted dice —suspiró el recepcionista.

Milton le palmeó de nuevo la espalda.

—Gracias, Lorenzo.

* * *

Cuando el encargado de recepción regresó, con los dos empleados y el par de carros, Milton

O'Brien

ya estaba vestido.

Los empleados colocaron los dos cadáveres en los carros y los cubrieron con la ropa sucia. Después, limpiaron las manchas de sangre que se venían en el suelo.

—Perfecto, muchachos —sonrió el agente secreto—. Nadie diría que aquí han muerto dos hombres. Os habéis ganado una buena propina.

Y se la dio.

Antes de que el recepcionista se marchara con los dos empleados, Milton lo cogió del brazo.

—Una pregunta, Lorenzo.

—Diga, señor

O'Brien.

—¿Se aloja en el hotel una joven llamada Sabrina Clayton?

—Sí, en la 304.

—¿Desde cuándo está aquí?

—Tomó la habitación esta mañana.

—Gracias, Lorenzo.

—No hay de qué, señor

O'Brien.

El recepcionista y los dos empleados se marcharon, llevándose los carros... y los cadáveres de los tipos.

* * *

Tras escapar de la habitación de Milton

O'Brien,

Sabrina Clayton había regresado a la suya. Se quitó el vestido, se descalzó, y salió así a la terraza, con los pechos desnudos y sin más prenda encima que las sucintas braguitas azules.

Se echó en la tumbona, boca arriba, y se dispuso a tomar un rato el sol de la tarde, que no tardaría ya mucho en dejar de lanzar sus cálidos rayos.

Cuando se cansó de estar boca arriba, se dio la vuelta, para acentuar también el bronceado de la parte posterior de su cuerpo.

Y, cuando ya casi había decidido dar por finalizado su baño de sol, alguien le clavó la rodilla en la espalda.

Sabrina dio un grito y volvió la cabeza.

—¡Milton! —exclamó.

El agente secreto sonrió.

—Lo prometido es deuda, muñeca —dijo, y le bajó de golpe el breve pantaloncito azul, dejándola con el trasero al viento.

Sabrina enrojeció de ira y de lo otro.

—¡No se atreva a pegarme,

O'Brien!

—Tengo que cobrarme el batacazo que me diste.

La joven luchó por escapar, pero la rodilla del agente seguía clavada en su espalda y apenas podía moverse.

—¡Si me pega me pondré a chillar como una loca! —amenazó.

—Por mí...

—¡A usted no le conviene que arme un escándalo,
O'Brien!

—Y a ti tampoco. Por eso sé que no gritarás cuando empiece a zurrarte.

—¡Se lo prohíbo,
O'Brien!

Milton le dio el primer azote y le arrancó un grito.

—¿Decías, preciosa? —preguntó, en tono burlón.

Sabrina lo electrocutó con los ojos.

—¡Me las pagará,
O'Brien!

—No estás en condiciones de amenazar, encanto, sino de suplicar.

—¡No me serviría de nada!

—Prueba a ver.

Como Sabrina no dijo nada, Milton le dio un segundo azote y le arrancó otro grito de dolor.

—¿Es que no sabes pedir perdón, preciosidad?

Sabrina, que estaba a punto de llamarle hijo de perra, se lo pensó mejor y cambió de actitud.

—Lamento haberle volteado, Milton.

—Eso está mejor, nena.

—No me pegue más, por favor.

—Si quieres librarte de los dieciocho azotes que faltan, porque pensaba darte veinte, tendrás que darme un beso.

—Se lo daré.

—Y cenarás esta noche conmigo.

—De acuerdo.

—Y después...

—De hacer el amor, nada.

El agente levantó de nuevo la mano.

—¿Prefieres los azotes?

—¡No!

—¿Dormiremos juntos, Sabrina?

La joven apretó los dientes con rabia.

—¡Sí!

—¿Lo prometes?

—¡Sí!

—Vale —sonrió Milton, y le subió el pantaloncito, retirando seguidamente la rodilla de su desnuda espalda.

CAPÍTULO VII

Sabrina Clayton se levantó con rapidez de la tumbona y entró corriendo en la habitación.

Milton

O'Brien

entró tras ella, con la sonrisa en los labios.

La muchacha se estaba poniendo ya una bata de baño, de espaldas a la terraza.

Milton esperó a que se volviera y entonces recordó:

—Me debes un beso, Sabrina.

—¡Se lo va a dar su tía!

—¿Prefieres que te atrape de nuevo y...?

—¡No podrá, porque ahora no me pillaré descuidada! ¡Soy cinturón negro,

O'Brien!

—¿De veras?

—¡Sí, y le partiré el esqueleto si intenta acercarse a mí! — advirtió la joven, adoptando una postura de experto judoka.

A Milton le entró risa.

—No te conviene luchar conmigo, preciosa. Mi cinturón es más negro que el tuyo.

—¡Eso ya se verá!

—No me provoques, Sabrina.

—¡Ni usted a mí,

O'Brien!

El agente secreto levantó la mano derecha.

—Solicito una tregua, Sabrina.

—¿Para qué?

—Tengo que hablar contigo de algo relacionado con la misión

que me ha traído a Acapulco.

—Está bien, tregua concedida —accedió la muchacha, abandonando su postura de judoka—. Pero no dé un solo paso hacia mí,

O'Brien,

o se romperá la tregua —advirtió.

—No me moveré, descuida.

—¿Qué tiene que decirme?

—Han intentado matarme.

—¿Eh?

—Hace un rato, en mi habitación.

—¿Qué paso,

O'Brien?

El agente se lo contó, explicándole también cómo se había librado de los cadáveres de los tipos para evitarse líos con la policía mexicana.

Sabrina Clayton, tras unos segundos de reflexión, preguntó:

—¿Qué deduce usted de lo sucedido,

O'Brien?

—Varias cosas. La primera, que Francis Murray tiene el oro de Fort Knox. El planeó el asalto. Y lo demuestra el hecho de que tuviera a alguien vigilando el aeropuerto, como adivinando que iba a llegar alguna persona con la misión de averiguar si él tiene los muchos lingotes de oro que fueron robados la noche pasada en Fort Knox. Llegué yo, y el hombre o los hombres de Murray que vigilaban el aeropuerto me reconocieron. Creo que el millonario sospecha que no soy reportero internacional, sino miembro del Servicio Secreto. Y ordenó a dos de sus hombres que registraran mis cosas. Y que me liquidaran, si los sorprendía.

—Yo pienso lo mismo —dijo Sabrina.

—Celebro que estemos de acuerdo, nena.

—Tendremos que alterar los planes,

O'Brien.

—¿Alterarlos?

—No puedo llevarle a la mansión de Francis Murray.

—¿Por qué?

—No saldría vivo de allí. Y yo tampoco.

—Murray no cometerá el error de eliminarme aprovechando mi

visita, Sabrina.

—¿Error?

—Sí, no le conviene acabar conmigo así. Ni contigo. La policía investigaría y Murray no querrá que eso suceda.

—Tal vez tenga razón, pero aun así considero muy peligroso acudir a la mansión de Murray.

—Tenemos que ir, Sabrina. Necesito conocer la mansión por dentro, los hombres que la custodian, los sistemas de seguridad, para poder regresar por la noche y descubrir el oro de Fort Knox.

—Su misión se las trae,

O'Brien.

—Sí, el señor Farlow siempre me reserva peritas en dulce como ésta —sonrió el agente.

—No teme a la muerte, ¿verdad?

—No, porque tengo siete vidas, como los gatos.

—Los gatos también se mueren,

O'Brien.

—A mí no me enterrarán en Acapulco, puedes estar segura.

—Espero que no, porque seguramente nos enterrarían juntos.

—¿Tienes miedo, Sabrina?

—No.

—Me gustan las chicas valientes —dijo Milton, y dio un paso hacia ella.

Sabrina adoptó nuevamente la postura de judoka y ordenó:

—¡Quieto,

O'Brien!

El agente se detuvo.

—No quiero luchar contigo, Sabrina. Sólo darte un beso.

—Pero yo no quiero que me lo dé.

—Me lo prometiste.

—Lo hice para que me soltara. Ya me había dado un par de azotes y no quería recibir los otros dieciocho.

—Eso es jugar sucio, Sabrina.

—Más sucio es dejar a una mujer con el culo al aire. Y así me dejó usted a mí,

O'Brien.

El agente sonrió.

—Tienes un trasero maravilloso, ¿sabes?

—No se lo perdonaré jamás,
O'Brien.
Fue humillante. Y doloroso, porque tiene usted unas manos que parecen de piedra.
—Cuando quiero, son la mar de suaves.
—Lo dudo mucho.
—¿Me dejas que te lo demuestre?
—No.
—Está bien, tú te lo pierdes —dijo Milton, dando media vuelta y caminando hacia la terraza.
Sabrina, extrañada, preguntó:
—¿Adónde va?
—Esperaré en la terraza mientras te vistes para salir a cenar. ¿O tampoco quieres que cenemos juntos?
—De acuerdo, espérame —gruñó la joven.
—Avísame cuando estés lista, preciosa —sonrió el agente secreto, y salió a la terraza.

* * *

No cenaron en el hotel, sino en un restaurante ubicado en la misma playa, algo alejado del hotel Pacífico. Habían ido en el coche de Sabrina Clayton, un Ford descapotable, de color rojo.

La joven se había puesto un elegante vestido de noche, de finos tirantes, pronunciado escote, y sendas aberturas laterales.

—Estás radiante, Sabrina —dijo el agente.
—Ahórrese los piropos,
O'Brien,
porque no le van a servir de nada.

—Llámeme Milton. Y tutéame, por favor.

—Gracias, pero no quiero confianzas con alguien que fue capaz de dejarme con el trasero al sol.

—Fue una broma, más que otra cosa.

—¿También los azotes fueron una broma?

—Desde luego. Si hubiera querido castigarte de verdad, no te habría dado sólo un par de palmadas. A pesar de tus promesas, que ya sospechaba no pensabas cumplir.

—Qué generoso.

—¿Damos una vuelta por la playa, Sabrina?

—No.

—¿Tienes miedo?

—En absoluto.

—Demuéstramelo.

Sabrina apretó los labios.

—Está bien, vamos.

Abandonaron el restaurante y echaron a andar por la playa.

La noche no podía ser más clara, porque miles de estrellas brillaban en el cielo. Soplaban, además, una brisa deliciosa, y daba gusto caminar por la orilla del mar, escuchando el suave rumor de las olas que bañaban dulcemente la arena.

Se habían alejado ya bastante del lugar en donde dejaran el coche, cuando Milton se detuvo y cogió del brazo a la muchacha, con suavidad.

—Sabrina.

Ella lo miró.

—¿Qué?

—Sellemos la paz con un beso.

—No.

—¿Por qué?

—Le dije que no le perdonaría lo que me hizo.

—Yo ya he olvidado el batacazo que me diste.

—Eso no fue tan humillante.

—¿Quién ha dicho que no? Para un hombre, verse volteado por una mujer, es realmente vergonzoso.

Sabrina Clayton no respondió.

Milton la cogió por los hombros.

—No sabes cómo deseo besarte, Sabrina.

—Mi rodilla está preparada, te lo advierto.

—¿Para qué?

—Para subir e incrustarte en lo que tienes de hombre.

—¿Serías capaz?

—Intenta besarme y lo verás.

—¿Te has dado cuenta de que ya me tuteas?

—¿Y qué?

—Bueno, parece indicar que la cosa va mejor.

—Estás equivocado, todo sigue igual.

—Vamos, que si intento besarte...

—Rodillazo para el caballero.

—A pesar de tu amenaza, lo voy a intentar —decidió Milton, y acercó su boca a la de ella.

Sin embargo, no llegó a besarla.

Y no porque Sabrina hubiera disparado su rodilla.

Lo que frenó al agente secreto, fue la súbita aparición de cuatro individuos, que venían con muy malas intenciones.

CAPÍTULO VIII

Milton

O'Brien

se acordó de los cuatro hombres que aquella mañana le atacaran en el jardín de su casa de Miami, siguiendo instrucciones de Anthony Farlow.

Estos de ahora eran igual de altos.

Igual de fornidos.

Igual de musculosos.

Milton se dijo que el jefe del Servicio Secreto hizo bien en ponerle a prueba, para saber si estaba en plena forma física, porque ahora podría repetir con estos cuatro tipos lo que por la mañana hiciera con aquellos cuatro hombres.

O sea, zurrarles la badana.

Si no echaban mano de sus armas, claro.

Ésta era la diferencia.

Los hombres enviados por Anthony Farlow, iban desarmados, mientras que éstos de ahora, con toda seguridad hombres de Francis Murray, debían llevar sendas pistolas automáticas bajo sus respectivas axilas zurdas.

Ello, sin embargo, no asustaba al agente secreto.

Si los tipos sacaban a relucir sus armas, peor para ellos.

—Disculpame un momento, cariño —dijo Milton, apartando a Sabrina Clayton.

La joven, que todavía no había descubierto a los cuatro individuos, se volvió y entonces supo por qué el agente no había llegado a besarla.

—¡Milton! —exclamó, respingando.

—Tranquila, nena.

—¡Vienen por nosotros!

—Se van a arrepentir, ya lo verás.

Los tipos rodearon a Milton y Sabrina.

—Igual que esta mañana —dijo el agente.

—¿Qué? —murmuró la muchacha.

—Nada, cosas mías.

El individuo que se había situado frente al agente secreto, se dejó oír:

—Vais a venir con nosotros,

O'Brien.

—¿Adónde?

—Lo sabréis cuando lleguemos.

—No nos gustan los viajes misteriosos.

—Si te resistes, será peor.

—¿Para mí o para vosotros?

—Somos cuatro. ¿Es que no sabes contar?

—Sí, aunque con los dedos.

—Muy gracioso.

—Tú tampoco eres el rey del chiste, precisamente.

El tipo apretó las mandíbulas.

—Te lo preguntaré por última vez,

O'Brien.

¿Preferís venir con nosotros por las buenas o por las malas?

—De ninguna de las maneras, porque hace una noche preciosa y deseamos continuar aquí, en la playa, besándonos a la luz de la luna.

—Muy bien, vosotros lo habéis querido —masculló el fulano—. ¡A ellos, muchachos!

Los cuatro hombres se lanzaron sobre Milton y Sabrina.

El agente secreto disparó la pierna derecha, elevando el pie hasta la barbilla del tipo que había llevado la voz cantante. Se escuchó un chasquido y el sujeto cayó al suelo, rodando por la arena.

Casi al mismo tiempo, Milton proyectaba su mano izquierda, abierta y con los dedos muy juntos, formando una especie de cuña, que se incrustó en el hígado de otro de los atacantes.

El tipo creyó que le partían el hígado en dos mitades y lanzó un bramido desgarrador, al tiempo que se doblaba y caía de rodillas

sobre la arena.

Mientras tanto, Sabrina Clayton, poniendo en práctica sus conocimientos de judo, había aferrado el brazo de otro de los individuos y lo había volteado espectacularmente, estrellándolo contra la arena.

El cuarto elemento agarró por detrás a la muchacha.

—¡Quieta, fiera!

Sabrina le clavó el fino tacón de su zapato en el pie derecho, triturándole un par de dedos.

El tipo aulló como si lo estuvieran asando a fuego lento y soltó a la muchacha.

Sabrina se revolvió con rapidez, lo agarró de las orejas, y lo obligó a bajar la cabeza. Entonces, disparó su rodilla derecha y la estrelló contra la cara del fulano.

El individuo aulló de nuevo y se derrumbó.

Milton le dedicó unos aplausos a la muchacha.

—¡Bravo, Sabrina!

—¡No te distraigas, Milton, que aún queda tarea! —recordó la joven.

Y tenía razón.

El tipo que recibiera la patada en la barbilla, se estaba levantando ya, así como el sujeto que resultara golpeado en el hígado por las puntas de los dedos de la mano izquierda del agente secreto, que en aquel momento parecían barritas de acero.

También se estaba incorporando el sujeto volteado por Sabrina, agarrándose los riñones y mascullando tacos.

La pelea se reanudó.

Milton esquivó el puño de uno de los tipos y le estrelló el suyo en un pómulo, derribándolo nuevamente.

El individuo que se quejaba del hígado intentó golpear al agente secreto en el cuello, pero falló y fue él quien resultó cazado en el cuello por el filo de la mano de Milton.

El tipo creyó que lo decapitaban y besó de nuevo la arena.

Sabrina, por su parte, no esperó a que el individuo volteado por ella se irguiera totalmente. Dio un salto hacia él, lo agarró de la cabeza, le puso la cadera delante, y le hizo dar otra voltereta, dejándolo tendido de espaldas.

Entonces, agarró sendos puñados de arena y se lo arrojó a la

cara.

Le cayó en los ojos y lo cegó totalmente.

También le entró arena en la boca, porque en ese momento la tenía abierta, y el tipo se puso a toser como un caballo.

¡Se ahogaba, el pobre!

Sabrina se desentendió de él y se ocupó del otro tipo, el que recibiera el rodillazo en pleno rostro y tenía dos de los dedos del pie medio machacados.

El individuo se estaba levantando, pero Sabrina le dio una patada en la cara y lo tumbó de espaldas. Acto seguido, le hizo lo mismo que al otro.

Arena sobre la cara.

En los ojos, para cegarle.

En la boca, para obligarle a toser como un camello con gripe.

Milton le dedicó nuevos aplausos.

—¡Eres genial, Sabrina!

—¡Acaba con los tuyos y larguémonos, Milton! —aconsejó la muchacha.

—¡A la orden!

—¡Cuidado, ése saca una pistola! —advirtió Sabrina.

Era el tipo que ordenara atacar a Milton y Sabrina.

Veía que la pelea iba mal y había decidido extraer su arma.

Milton no había dejado de vigilar a los dos elementos con los que le había correspondido pelear, así que la advertencia de Sabrina coincidió prácticamente con la patada que el agente secreto le daba al tipo en la mano derecha, obligándole a soltar la pistola.

De un segundo patadón, ahora en la mandíbula, Milton durmió al fulano.

El otro individuo intentó también sacar su pistola, pero Sabrina le arrojó un puñado de arena en los ojos.

—¡Maldita! —rugió, llevándose las manos a la cara.

Milton le incrustó la punta de su zapato en la sien y lo dejó también sin sentido.

Como los otros dos tipos seguían cegados por la arena que les arrojara Sabrina, y continuaban tosiendo como mulas acatarradas, la muchacha cogió de la mano al agente secreto.

—¡Corramos, Milton!

El agente le hubiera hecho caso de no haber visto lo que vio.

Y lo que vio, fueron dos tipos.
¡Armados con metralletas!

* * *

Las metralletas se pusieron a ladrar.

Por fortuna, Milton

O'Brien

había empujado ya a Sabrina Clayton, cayendo los dos al suelo.
Cayeron, además, detrás de los cuatro hombres que les atacaran.

Y no fue por casualidad.

Milton quería que los tipos los protegieran con sus cuerpos, porque era la única protección que podían encontrar allí, en aquel pedazo de solitaria playa.

—¡Pégate a la arena, Sabrina! —gritó el agente secreto, mientras extraía la pistola automática que llevaba bajo la axila.

Sabrina se enterró literalmente en la arena, mientras las balas que escupían las metralletas picoteaban muy cerca de ella y de Milton.

Y no sólo picotearon arena.

También picotearon carne.

La de los tipos que atacaran a Milton y Sabrina.

Los cuatro encontraron la muerte.

Una muerte involuntaria, pero...

Milton ya estaba disparando contra los tipos de las metralletas.

¡Y cómo disparaba!

En realidad, la pistola que manejaba el agente secreto era una especie de metralleta en miniatura, porque vomitaba balas como si estuviera empachada de una semana.

Era un arma magnífica.

El último grito.

Los fulanos de las metralletas resultaron alcanzados por los disparos de Milton y se vinieron abajo, entre alaridos de muerte.

El agente se irguió con prontitud y ayudó a Sabrina a levantarse.

—¿Estás bien, nena?

—Sí.

—Larguémonos cuanto antes de aquí. Hemos armado mucho ruido.

CAPÍTULO IX

Milton

O'Brien

y Sabrina Clayton no dejaron de correr hasta que alcanzaron el Ford descapotable de la muchacha.

—Yo conduciré —dijo el agente secreto, sentándose al volante.

Sabrina no discutió y se sentó a su lado.

Milton puso el motor en marcha.

Un instante después, el Ford rojo salía zumbando.

—Regresamos al hotel. ¿Verdad? —preguntó Sabrina.

—Sí.

—Eran hombres de Francis Murray, ¿no?

—Seguro. Debieron seguirnos cuando salimos del hotel. Como los otros dos fracasaron, Murray envió más gente. Tenían órdenes de atraparme. Y, si no podían, de liquidarme. Nuestro paseo por la playa les permitió rodearnos, aunque de poco les sirvió, porque les dimos una buena lección a los cuatro que nos atacaron. Por eso intervinieron los otros dos, con sus metralletas. Sus compañeros habían perdido la pelea y ellos decidieron hacernos un relleno de plomo.

Sabrina Clayton se estremeció.

—Casi lo consiguen.

—Los descubrí a tiempo y el relleno de plomo se lo hicieron a sus propios compañeros, que nos protegían involuntariamente con sus cuerpos.

—Me salvaste la vida, Milton.

—Espero que sepas agradecérmelo.

—No empecemos, ¿eh?

El agente rió.

—Está bien, no me lo agradezcas.

—Tú me salvaste la vida, pero yo te ayudé en la pelea.

—Es cierto. Y muy eficazmente, además. Eres una chica de muchos recursos, Sabrina.

—Gracias por reconocerlo.

—De muchos recursos... y de muchas otras cosas —dijo el agente, mirándola fugazmente el muslo izquierdo, totalmente exhibido gracias al corte del vestido.

Sabrina soltó un bufido.

—¡Contigo no se puede hablar, Milton!

El agente secreto rió de nuevo y siguió conduciendo el descapotable rojo por las calles de la hermosa Acapulco.

* * *

Ya en el hotel Pacífico, Milton

O'Brien

y Sabrina Clayton se acercaron a recepción, en busca de las llaves de sus respectivas habitaciones.

—¿Totalmente solucionados mis dos problemas, Lorenzo? —preguntó el agente secreto, a media voz. El recepcionista carraspeó.

—Sí, señor

O'Brien.

Ya no están en el hotel.

—Me alegro —sonrió Milton, y él y Sabrina caminaron hacia uno de los ascensores.

La habitación 304 estaba en la misma planta que la 312.

Cuando el ascensor se detuvo en esa planta, Milton preguntó:

—¿Dónde tomamos la copa? ¿En mi habitación o en la tuya?

—¿Qué copa? —repuso Sabrina.

—La que habíamos decidido tomar, mientras veníamos hacia el hotel.

—No hablamos de tomar ninguna copa.

El agente la cogió por los hombros, como en la playa.

—Quiero estar unos minutos contigo, Sabrina. ¿También vas a negarme eso?

La muchacha vaciló.

—De acuerdo, tomaremos una copa. Pero sólo una, ¿eh?

—¿En tu habitación?

—No, en la tuya, porque me será más fácil escapar de allí que echarte de la mía, si te pones pesado.

—Estaremos más seguros en tu habitación, Sabrina.

—¿Por qué?

—Es posible que Murray envíe más hombres por mí, cuando sepa que los seis de la playa también fracasaron.

Sabrina tuvo un estremecimiento.

—¿Tú crees?

—No me extrañaría nada.

—Está bien, vamos a mi habitación.

Caminaron hacia la 304 y entraron en ella.

Apenas cerrar la puerta, Sabrina preguntó:

—¿Insistes en ir por la mañana a la mansión de Murray, Milton?

—Por supuesto.

—¿Después de lo que ha pasado?

El agente la tomó suavemente por la cintura.

—En nuestra visita a la mansión de Murray no correremos peligro, ya te lo expliqué. El millonario quiere eliminarme, pero no en su casa. Nos recibirá cordialmente, porque tú eres una periodista de Acapulco y yo un reportero internacional que siente muchos deseos de conocerle personalmente.

—Murray sabe que no eres eso, sino uno de los más peligrosos agentes del Servicio Secreto norteamericano.

—No importa que lo sepa, que sólo lo sospeche, o que lo ignore. Y tendrá que fingir esto último, porque es lo que más le conviene.

Sabrina Clayton suspiró.

—Está bien, iremos a la mansión de Murray. Si todavía estás vivo por la mañana, claro.

—Ya has visto que no es fácil acabar conmigo. Pero, por si acaso tengo que dejar el mundo de los vivos esta noche... —respondió el agente, y besó los apetecibles labios femeninos.

Sabrina le puso las manos en el pecho, como si fuera a apartarle, pero no empujó con ella, lo que vino a demostrar que le gustaba el beso.

Milton lo adivinó y prolongó la caricia.

Cuando separó su boca de la de ella, dijo:

—Te olvidaste del rodillazo, Sabrina.

—Aún puedo dártelo, ¿sabes?

—Estropearías nuestra noche.

—¿Qué quieres decir?

—He decidido pasar la noche aquí.

—¿En mi habitación?

—En la mía correría peligro, Sabrina.

—Es tu problema, Milton.

—El señor Farlow te designó para ayudarme en esta misión, ¿recuerdas?

—Sí, pero me prohibió que me acostara contigo.

—Yo no pienso decírselo, Sabrina.

—Ni yo pienso hacer el amor contigo.

El agente la estrechó cálidamente contra sí.

—¿Estás segura de que no lo deseas, Sabrina?

—Sí.

—¿Quieres que me marcha, entonces?

—Bueno, puedes quedarte un rato. Tomaremos la copa, charlaremos, y...

Milton la besó de nuevo, con más pasión que antes, y la abrazó con fuerza. De pronto, se separó de ella y dijo:

—Buenas noches, Sabrina.

—¿Te marchas?

—Sí, porque te deseo como jamás he deseado a ninguna mujer y no sabré conformarme con unos besos.

—Pero...

—Te veré por la mañana, Sabrina. Que duermas bien —deseó el agente, e hizo ademán de abrir la puerta.

Sabrina le cogió del brazo.

—Espera, Milton —rogó.

—¿Para qué?

—Bueno, si me sigues besando con el mismo ardor que antes, es posible que me hagas cambiar de parecer —sonrió la joven.

—Vale la pena intentarlo —sonrió también Milton, tomándola de nuevo en sus brazos.

Un par de segundos después, volvían a besarse con muchas ganas.

Milton

O'Brien

pasó la noche en la habitación 304, porque le fue muy fácil hacer cambiar de parecer a Sabrina Clayton. A los pocos minutos, el vestido de la muchacha yacía en el suelo y el agente secreto acariciaba su maravilloso cuerpo con sabiduría, haciéndola estremecer de placer.

Poco después, hacían el amor, larga y apasionadamente.

Y Milton, claro, ya no se marchó.

Sabrina deseaba tenerlo a su lado toda la noche.

Había olvidado por completo la prohibición del jefe del Servicio Secreto norteamericano.

Por la mañana, Milton y Sabrina abandonaren la habitación.

Antes de bajar a desayunar, fueron a la habitación 312.

Entraron con precaución, por si había alguien esperando al agente secreto, pero la habitación estaba solitaria y tranquila.

Milton cogió una de sus cámaras fotográficas.

—Podemos irnos, Sabrina —dijo, colgándosela del hombro.

Se disponían a dejar la habitación, cuando llamaron a la puerta.

—¡Ya están ahí! —exclamó la muchacha, respingando, porque pensaba en los hombres de Francis Murray.

Milton, que también pensaba en ellos, se llevó la mano a la axila y aferró la culata de la formidable pistola automática que descansaba en la funda sobaquera.

—Pégate a la pared, Sabrina —indicó.

La joven obedeció.

Después, y con toda la precaución del mundo, el agente secreto abrió la puerta.

CAPÍTULO X

Era Lorenzo.

El encargado de recepción.

Y traía un periódico en sus manos.

El Correo de Acapulco, precisamente el periódico para el que trabajaba Sabrina Clayton, actualmente.

Milton

O'Brien,

que sólo había abierto la puerta unos centímetros, respiró tranquilo al ver que se trataba del recepcionista y acabó de abrir la puerta, retirando su mano derecha de la axila.

—Adelante, Lorenzo.

El encargado de recepción entró en la habitación.

Estaba pálido.

Nervioso.

Tembloroso.

Milton cerró la puerta y preguntó:

—¿Le ocurre algo, Lorenzo?

El recepcionista miró a Sabrina, que ya se había despegado de la pared, al ver que no había peligro para ella ni para el agente secreto.

—¿Puedo hablar delante de la señorita Clayton, señor

O'Brien?

—preguntó.

—Sí, es una buena amiga mía y está enterada de todo —respondió Milton.

Lorenzo levantó el periódico que traía.

—¿Sabe lo que dice aquí, señor

O'Brien?

—No, todavía no he tenido tiempo de echar una ojeada a los periódicos de la mañana.

—Sus dos «problemas» fueron dejados anoche en una playa solitaria.

—¿Y?

—¡La policía ha encontrado ocho!

—¿Ocho qué?

—¡«Problemas»!

Milton carraspeó.

—¿Se refiere a...?

—¡Cadáveres! ¡Han encontrado ocho cadáveres, señor

O'Brien!

¡Ocho hombres muertos!

El agente movió la cabeza.

—No somos nadie, Lorenzo.

—¿Qué? —Pestañeó el recepcionista.

—Digo que llegamos todos al mundo con la mayor ilusión, pero la vida es cada día más difícil y... En fin, que en el momento menos pensado nos encontramos con una bala en nuestro camino y se acabó.

Sabrina contenía a duras penas la risa, porque la cara del encargado de recepción, tras las palabras de Milton, invitaba precisamente a eso, a reírse.

El agente palmeó la espalda del recepcionista.

—Animo, amigo Lorenzo. Venimos a este mundo a sufrir, ya lo sabe usted.

—¿Y qué es lo que sabe usted, señor

O'Brien?

—¿A qué se refiere?

—A los ocho cadáveres.

—Yo sólo puedo hablarle de dos. Los que murieron en esta habitación. De los otros seis, no sé nada.

—¿Seguro?

—¿Por qué iba a mentirle, Lorenzo? Lo mío son los reportajes, no despachar tipos de seis en seis.

—Sí, claro.

—Ande, Lorenzo. La señorita Clayton y yo tenemos que desayunar —dijo el agente, abriendo la puerta y empujando

suavemente al recepcionista.

Sabrina salió también de la habitación, riendo por lo bajo.

* * *

Milton

O'Brien

y Sabrina Clayton se dirigían ya a la mansión de Francis Murray, en el coche de la muchacha, que ella misma conducía.

El agente secreto se había colgado la cámara fotográfica del cuello, como si fuera un turista, y se veía muy tranquilo.

Sabrina, bastante menos tranquila que él, clavó un instante la mirada en el espejo retrovisor.

—Creo que nos sigue un coche, Milton.

—Sí, un Chevrolet marrón.

—¿Te habías dado cuenta?

—En cuanto salimos del hotel.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—Porque nada va a pasar, Sabrina.

—¿Cómo lo sabes?

—Pasaría algo si no nos dirigiéramos a la mansión de Murray. Pero, como vamos hacia allí, los tipos que nos siguen no intentarán nada. Son hombres de Murray.

Sabrina Clayton emitió un gruñido.

—Me asombra tu sangre fría, Milton.

—No siempre la tengo fría, cariño. Anoche, por ejemplo.

Sabrina sonrió.

—Calla, no me lo recuerdes.

El agente le puso la mano sobre el muslo derecho y se lo acarició con suavidad.

—Tenemos que pasar muchas noches como ésa, Sabrina.

—Si salimos de esto con vida, Milton.

—Saldremos, no lo dudes.

—¿Quieres que nos salgamos de la carretera y nos estrellamos contra un árbol?

—No.

—Entonces, retira tu mano de mi muslo.

El agente rió y dejó de acariciarle la pierna.

Minutos después, llegaban a la lujosa mansión de Francis Murray.

Sabrina Clayton detuvo su Ford descapotable frente a la verja, que estaba cerrada y custodiada por cuatro hombres.

El Chevrolet marrón que los había venido siguiendo desde el hotel Pacífico, sin intentar nada contra ellos, se detuvo también, bastante alejado del Ford rojo.

Uno de los tipos que custodiaban la verja, preguntó:

—¿Qué desean?

—Soy Sabrina Clayton, periodista de *El Correo de Acapulco*. Y él es Milton

O'Brien,

reportero internacional. Queremos hablar con el señor Murray.

Al oír pronunciar el nombre de Milton

O'Brien,

los cuatro hombres se miraron entre sí, visiblemente sorprendidos. Después, el tipo que había hecho la pregunta dijo:

—Avisaré al señor Murray.

—Gracias —sonrió Sabrina.

El individuo se introdujo en la caseta que había junto a la verja.

Poco después, salía de ella e indicaba a sus compañeros.

—Abrid la verja, muchachos.

La verja fue abierta.

—Pueden pasar —dijo el hombre que había hablado con el millonario—. El señor Murray accede a recibirles.

—Muchas gracias —dijo Milton, con una sonrisa—. Vamos, Sabrina.

La muchacha puso el coche en marcha y cruzaron la entrada de la mansión de Francis Murray.

Había casi doscientos metros hasta la casa.

Y muchos hombres vigilando la propiedad del millonario.

Sabrina detuvo su Ford delante de la hermosa casa.

Cuatro tipos les estaban esperando frente a ella.

Milton y Sabrina salieron del coche.

—Vengan por aquí —indicó uno de los individuos, echando a andar.

El agente y la muchacha lo siguieron.

Los otros tres hombres caminaron tras ellos.

Milton y Sabrina fueron llevados a presencia de Francis Murray, que se encontraba junto a su maravillosa piscina, sentado en un cómodo sillón de mimbre.

Era un cuarentón alto, delgado, apuesto, de aspecto sano y vigoroso.

Vestía pantalón blanco y una llamativa camisa de manga corta, totalmente abierta. Calzada mocasines negros. En su mano izquierda, sostenía un magnífico habano, recién encendido.

Milton no se fijó demasiado en el millonario, porque otras cosas acapararon su atención. Exactamente, las cuatro mujeres que hacían compañía a Francis Murray.

Eran cuatro beldades.

Cuatro monumentos.

Cuatro diosas de carne y hueso.

Y casi toda su carne estaba a la vista, porque los bikinis que lucían ya no podían cubrir menos.

Milton recordó las palabras de Anthony Farlow: «En la misión que voy a encomendarte te tropezarás con mujeres tan hermosas y tan tentadoras como Sylvia».

—Qué razón tenía —murmuró.

Sabrina se dio cuenta de que el agente secreto sólo tenía ojos para las cuatro mujeres y le arreó un codazo con disimulo.

Milton emitió una tosecita y prestó atención al millonario, que se había puesto cortésmente en pie y ya le estaba tendiendo la mano a Sabrina.

—Señorita Clayton.

La joven se la estrechó.

—¿Qué tal, señor Murray?

—Señor

O'Brien.

Milton estrechó también la diestra del millonario.

—Es un placer conocerle —señor Murray.

—También para mí lo es conocer personalmente a un reportero internacional de su categoría, señor

O'Brien.

¿O tal vez debería decir un agente del Servicio Secreto

norteamericano, tan eficaz, que es considerado el número uno? —
sonrió el millonario, mostrando su bien cuidada dentadura.

CAPÍTULO XI

Sabrina Clayton tuvo un fallo cardíaco.

Milton

O'Brien,

en cambio, se echó a reír, demostrando una vez más su aplomo para afrontar situaciones peligrosas.

—Eso ha tenido gracia, señor Murray.

—No he contado ningún chiste, señor

O'Brien

—dijo el millonario, sin perder la sonrisa.

—¿Qué le hace suponer que yo...?

—Bueno, quizá sea sólo una coincidencia, pero en aquellas ciudades por las que pasa usted, con sus cámaras fotográficas, aparecen siempre unos cuantos muertos.

—¿De veras?

—¿Cuándo llegó usted a Acapulco, señor

O'Brien?

—preguntó Murray, como si no lo supiera.

—Ayer por la tarde —respondió Milton.

—¿Se da cuenta?

—¿De qué?

—Anoche, en una playa solitaria, aparecieron ocho hombres muertos.

—Seguro que no sabían nadar.

Francis Murray desgranó una risita.

—No murieron ahogados, señor

O'Brien.

Fueron muertos a balazos.

—¿En serio?

—¿No estaba enterado, señor

O'Brien?

—No, es la primera noticia que tengo.

—¿Qué pasa, no lee los periódicos?

—Esta mañana no he tenido tiempo.

—Ya.

—De todos modos, lamento lo de esos hombres, señor Murray. La vida es hermosa, y nadie debería morir antes de los cien años —comentó el agente, echando una significativa mirada a las cuatro bellezas que acompañaban al millonario.

Ellas le sonrieron, agradecidas.

—¿Quiere que le presente a las chicas, señor

O'Brien?

—preguntó Francis.

—Oh, sí, por favor. Son tan preciosas y están tan bien de todo.

Sabrina sintió deseos de arrearle otro codazo, pero esta vez se contuvo.

Francis Murray rió y empezó a señalar a las bellezas.

—Yurika, japonesa; Mayra, brasileña; Inge, alemana; y Britt, sueca.

—La ONU, vamos, pero en bikini —repuso Milton.

El millonario y las chicas rieron el chiste del agente.

También los cuatro hombres que habían acompañado a Milton y Sabrina hasta allí dejaron oír sus risas.

La única que no rió, fue Sabrina, porque no le gustaba que el agente acariciase con los ojos a las cuatro amigas de Murray.

—Me encanta su sentido del humor, señor

O'Brien

—confesó el millonario.

—Y a mí me encantan sus chicas, señor Murray —respondió Milton.

—¿Le gustaría estrechar la mano de Yurika?

—Si ella no me permite que le estreche otras cosas...

Murray rió de nuevo:

—¡A lo mejor, sí, señor

O'Brien!

—¿Usted cree?

—Dale la mano al señor

O'Brien,
Yurika.

La escultural japonesa se puso en pie y le tendió su mano al agente secreto, con una turbadora sonrisa en los labios.

Milton se la estrechó.

Un segundo después, se veía volando por los aires.

La japonesa, sin duda una experta en judo, y probablemente en más cosas, lo había volteado de forma espectacular.

La espalda del agente secreto chocó contra el suelo.

Menos mal que estaba cubierto de césped.

Tras la demostración de la exuberante Yurika, Francis Murray, sus chicas, y los cuatro hombres, rompieron a reír.

—¡Olvidé decirle que Yurika domina las artes marciales, aparte de las amorosas, señor

O'Brien!

—exclamó el millonario, burlón.

—Un olvido imperdonable, señor Murray —rezongó Milton, poniéndose en pie.

Francis le hizo una seña a Yurika y ésta no dejó que el agente acabara de erguirse. Lo agarró del brazo y lo volteó nuevamente, estrellándolo por segunda vez contra el suelo.

Las carcajadas burlonas volvieron a resonar en el jardín.

Milton reprimió una maldición y dijo:

—¿No cree que la japonesita se está pasando, señor Murray?

—Si fuera usted realmente un agente del Servicio Secreto norteamericano, en vez de un simple reportero internacional, como asegura que es, sabría defenderse mucho mejor, señor

O'Brien

—respondió el millonario.

—¿Es eso lo que quiere usted, señor Murray? ¿Qué me defienda?

—Sería mucho más interesante, sí, porque obligaría a Yurika a emplearse a fondo. Y cuando ella se emplea a fondo, en las artes marciales o en las otras, da gusto verla, se lo aseguro.

—Muy bien, me defenderé —accedió Milton—. Por suerte, no hace mucho que realicé unos cursillos de defensa personal.

—Qué casualidad.

—Dígale a Yurika que me permita entregarle mi cámara fotográfica a Sabrina. Es de las caras y no me gustaría que se hiciera

pedazos.

—No le atacaré hasta que se haya librado de ella, no se preocupe.

—Gracias.

Milton se irguió, se quitó la cámara del cuello, y se la entregó a Sabrina.

—Tenme esto un momento, nena.

—Ten cuidado, Milton —musitó ella, preocupada, porque no le gustaba nada el cariz que estaba tomando la situación.

—Descuida, la japonesa no...

—¡Ahí viene, Milton! —gritó Sabrina.

Efectivamente, Yurika había saltado sobre la espalda del agente secreto con la rapidez y agilidad de una pantera, clavándole los talones en el estómago, cruzados, y aprisionándole el cuello con ambos brazos.

Era toda una presa.

Difícil escapar de ella, como no fuera mostrándose terriblemente violento, y Milton no podía hacer eso. En primer lugar, porque se trataba de una mujer, y no estaría bien machacarle el hígado de un codazo.

Y, en segundo lugar, porque no le convenía mostrarse excesivamente duro en presencia de Francis Murray, por razones obvias.

Lo que sí podía hacer, ya que se trataba de una mujer...

Milton se llevó las manos atrás, aferró el prieto trasero de la japonesa, prácticamente desnudo, y le soltó un buen pellizco en cada nalga.

—¡Aúuuuu!

Era la japonesa, claro.

Milton rió burlonamente.

—Qué bien imita Yurika al lobo, ¿eh, señor Murray? —dijo.

—A la loba, querrá decir —corrigió el millonario.

—Sí, claro —asintió el agente secreto, y le soltó otro par de pellizcos a la japonesa en el trasero, porque ella seguía montada en su espalda.

Yurika lanzó otro aullido, más largo aún que el anterior, y esta vez sí se bajó de la espalda del miembro del Servicio Secreto norteamericano, para evitar que le llenara sus preciosas nalgas de

moretones.

Milton dio un gran salto hacia adelante, intuyendo que la japonesa intentaría sacudirle en seguida, para cobrarse los pellizcos en la grupa.

Y así fue, Yurika proyectó su mano, de canto, sobre la espalda del agente, pero sólo golpeó la atmósfera, porque Milton ya se había distanciado.

El agente secreto, después de saltar, se volvió velozmente hacia la belleza oriental, que se veía furiosa, por los pellizcos y por su fallo.

Milton le sonrió.

—Lo siento, preciosa, pero...

No pudo decir más, porque Yurika ya estaba saltando sobre él, con la pierna derecha por delante. Como llevaba los pies desnudos, como casi todo lo demás, podía golpear con sus talones.

Por su forma de atacar, Milton supo que la japonesa era una experta karateca, así que tendría que ir con mucho cuidado o lo lastimaría seriamente.

El agente saltó ágilmente de lado y esquivó el peligroso golpe de talón, dirigido a su pecho.

Yurika, cada vez más furiosa, se lanzó de nuevo al ataque, ahora utilizando los filos de sus manos.

Milton no tuvo más remedio que demostrar también sus conocimientos de karate, única manera de parar el aluvión de golpes que le lanzaba la japonesa.

Yurika peleaba con ventaja, porque podía utilizar sus pies desnudos.

Milton, en cambio, no podía asestarle golpe alguno con sus zapatos, porque la lastimaría, y no quería hacerlo.

La japonesa consiguió golpearle en un costado con su pie y lo hizo caer.

—¡Bravo, Yurika! —exclamó Francis Murray.

La hembra oriental proyectó de nuevo su pie sobre el cuerpo caído del agente, pero éste movió velozmente sus piernas, engatilló la otra pierna de la japonesa, y la hizo perder el equilibrio.

Yurika intentó levantarse de un salto, pero no pudo.

Ya tenía a Milton sobre ella.

El agente había sido más rápido.

La japonesa estaba boca abajo, así que poco podía hacer por librarse de Milton, que además la tenía bien cogida.

—¿Te rindes, Yurika? —preguntó el agente.

La japonesa forcejeó un poco más, porque no quería admitir su derrota, pero estaba claro que no lograría escaparse de los fuertes brazos de Milton, así que finalmente se relajó y dijo:

—Me rindo, señor

O'Brien.

CAPÍTULO XII

Francis Murray se puso a aplaudir.

—Magnífico, señor

O'Brien.

Ha conseguido vencer limpiamente a Yurika, de lo cual muy pocos hombres pueden alardear, por lo que le felicito muy sinceramente.

—Gracias, señor Murray —respondió el agente secreto, irguiéndose.

Después, ayudó a la japonesa a levantarse.

—Estás bien, ¿verdad?

—Sí, señor

O'Brien.

—Eres una gran luchadora, Yurika.

—Usted también es un gran luchador, señor

O'Brien.

—Siento lo de los pellizcos, de veras.

La japonesa sonrió y se llevó las manos a la grupa.

—De no haber sido tan fuertes, creo que me habrían gustado —confesó, en tono bajo.

—La próxima vez serán más suaves, te lo prometo —respondió Milton, en el mismo tono.

Francis Murray se acercó, sonriente.

—¿No besas a tu vencedor, Yurika? —sugirió.

—Sí, señor Murray —respondió la japonesa, alzando sus manos y posándolas en los hombros del agente secreto.

Después, le dio un beso de película.

Y no de película cualquiera, sino de las clasificadas «X».

Sabrina Clayton estuvo a punto de arrearle con la cámara fotográfica a Milton

O'Brien,
en toda la cabeza, por dejarse besar de aquella manera delante de todos.

El agente, sin embargo, no estaba gozando demasiado con el beso de la japonesa, porque no se fiaba un pelo de ella ni del millonario, y temía que Yurika le atizara un rodillazo en los genitales o algo parecido.

Afortunadamente, no ocurrió nada, ya que la belleza oriental se limitó a besarle y luego se separó de él, con los ojos brillantes, encendidos de pasión.

—¿Le gusta cómo besa Yurika, señor
O'Brien?

—preguntó Francis Murray, con ironía.

—Ya lo creo, señor Murray —carraspeó el agente.

—Si desea estar a solas con ella, tiene mi permiso.

—Muy amable, señor Murray, pero...

—¿Prefiere a Mayra, Inge, o Britt?

Milton tosió.

—Por favor, señor Murray...

—Las cuatro están a mis órdenes. Y le complacerían muy gustosamente, se lo aseguro.

—Se lo agradezco de veras, pero...

Sabrina Clayton no pudo contenerse por más tiempo e intervino:

—El señor

O'Brien

no ha venido para hacer el amor con sus chicas, señor Murray.

El millonario la miró.

—¿Para qué ha venido, señorita Clayton? ¿Lo sabe usted? —
preguntó, con cínica sonrisa.

—Naturalmente que lo sé.

—Dígamelo, señorita Clayton.

—Sentía deseos de conocerle a usted. Y su hermosa mansión.

El millonario volvió a mirar al agente secreto.

—¿Piensa hacer algún reportaje sobre mí y sobre mi mansión,
señor

O'Brien?

—Es posible, señor Murray.

—¿O lo que quiere es estudiar todo esto por dentro, para ver la

forma de entrar esta noche sin ser descubierto?

Milton sonrió tranquilamente.

—¿Por qué iba a hacer yo una cosa así, señor Murray?

—Porque es un agente del Servicio Secreto norteamericano.

—Oh, vamos, ¿otra vez con eso?

—Usted sabe que es verdad.

—Soy reportero, señor Murray.

—¿No lucha demasiado bien, para ser sólo un simple reportero?

—Hice unos cursillos de defensa personal, ya se lo dije.

—¿Y cuántos años han durado?

—¿Cómo?

—Basta ya de farsa,

O'Brien

—se puso serio el millonario—. Sé que trabaja usted para el gobierno de los Estados Unidos y que ha venido a Acapulco a realizar una misión. Y sé también qué misión es ésa.

—¿De veras?

—Introducirse en mi mansión.

—¿Buscando qué, señor Murray?

—Los dos lo sabemos.

—Dígamelo, por si acaso lo he olvidado.

El millonario sonrió sarcásticamente.

—No esperará que cometa semejante torpeza,

O'Brien.

Mencionar lo que busca, sería admitir que lo tengo en mi poder.

—¿Y no es así?

—Averígüelo usted, si puede.

—Tal vez lo intente, porque soy un reportero muy curioso. Y muy atrevido. Eso es lo que me ha dado fama y dinero.

—Le estaremos esperando,

O'Brien.

—A lo mejor no vuelvo, señor Murray.

—Sí, claro que volverá. Y ya no saldrá de aquí,

O'Brien.

Vivo, al menos.

—Seguro que no vengo, pues. Amo demasiado la vida.

—Entonces, regrese a Estados Unidos y dígame a su jefe que no tengo lo que buscan. Tal vez así llegue a viejo,

O'Brien.

—Estoy tan seguro de llegar, que ya me he comprado un bastón.
El millonario no pudo reprimir la carcajada.

—Es usted un tipo simpático,

O'Brien,

tengo que reconocerlo.

—Gracias, señor Murray. Usted tampoco me cae mal a mí, a pesar de sus amenazas —aseguró Milton.

—Pienso cumplirlas, no lo olvide.

—Lo tendré presente.

El millonario le tendió la mano.

—Adiós,

O'Brien.

—Adiós, señor Murray.

Francis ofreció también su mano a Sabrina.

—Hasta la vista, señorita Clayton.

—Adiós, señor Murray.

—Usted sí que puede volver cuando guste. Siempre será bien recibida.

—Gracias.

—Acompañadlos, muchachos —indicó el millonario a los cuatro hombres que condujeran a Milton y Sabrina a su presencia.

El agente secreto y la periodista echaron a andar.

Poco después, entraban en el coche de Sabrina.

La joven lo puso en movimiento, enfilando hacia la verja de salida.

—¿Crees que nos dejarán salir, Milton? —murmuró.

—Seguro —respondió el agente.

—¿Y los del Chevrolet marrón?

—Con ésos sí que es fácil que tengamos problemas. Pero no te preocupes, los solucionaremos.

—Eso espero.

* * *

Ya estaban llegando a la verja.

Los cuatro hombres que la custodiaban miraron a Milton y Sabrina.

Ésta tuvo que detener su Ford, porque la verja estaba cerrada y los tipos no se movieron para abrirla.

El agente secreto, que de nuevo llevaba su cámara fotográfica colgada del cuello, sonrió y dijo:

—¿Les importaría abrir la verja, muchachos?

—¿Y si no la abrimos? —repuso el individuo que hablara con ellos cuando llegaron.

Sabrina sintió que el corazón le latía muy de prisa.

Milton, más sereno, preguntó:

—¿Lo ha ordenado el señor Murray?

—No.

—Entonces, abran la verja o el señor Murray se molestará.

El tipo esbozó una sonrisa.

—¿Está seguro que el señor Murray se molestaría, O'Brien?

—No tengo la menor duda, porque hemos simpatizado y ya somos buenos amigos.

—¿Piensa volver?

—Tal vez.

—En ese caso, le dejaremos salir. Ya le atraparemos cuando regrese.

—Qué manía tiene todo el mundo por atraparme. ¿Por qué será, Sabrina?

—Ni idea —respondió la muchacha, que apretaba con fuerza el volante de su Ford.

El individuo que hablaba con el agente secreto rió e indicó:

—Abrid la puerta, muchachos.

La verja fue abierta.

Sabrina puso inmediatamente en movimiento su coche.

Milton levantó la mano.

—Hasta la vista, simpáticos —dijo, con irónica sonrisa.

El Ford rojo se acercó al Chevrolet marrón.

Cuando pasó junto a él, Milton y Sabrina pudieron ver que había cuatro hombres en su interior.

El agente los saludó también con la mano.

—¡Adiós, amigos!

El tipo que estaba sentado al volante, puso el coche en marcha y le hizo dar la vuelta.

—¡Nos siguen, Milton! —exclamó Sabrina.

—Ya contaba con ello, cariño —respondió el agente, y abrió su cámara fotográfica.

—¿Qué llevas ahí?

—Ahora lo verás.

Milton extrajo una bola oscura, ligeramente mayor que una pelota de
ping-pong

El Chevrolet marrón se estaba acercando peligrosamente.

De pronto, el tipo que iba al lado del conductor sacó una metralleta por la ventanilla.

—¡Nos van a ametrallar, Milton! —chilló Sabrina, encogiéndose.

El agente secreto se volvió con rapidez y arrojó la bola oscura que extrajera de su cámara fotográfica. La bola cayó junto al morro del Chevrolet, estalló como una bomba, y el vehículo saltó por los aires en pedazos.

CAPÍTULO XIII

Sabrina Clayton se desencogió y volvió un instante la mirada.

—¡Llevabas una bomba en tu cámara fotográfica! —exclamó, con ojos agrandados.

—En ocasiones, las bombas son muy útiles, nena —respondió Milton

O'Brien,

sonriendo, y cerró la máquina de fotografiar.

—Tienes mucha razón, Milton.

—El resto del día será muy tranquilo, ya lo verás.

—¿Cómo lo sabes?

—Murray ha perdido ya una docena de hombres, lo que le convencerá de que es más difícil acabar conmigo fuera de su mansión que en ella.

—¿Y?

—Bueno, como sabe que volveré, concentrará a todos sus hombres en la mansión y esperará mi visita.

—Y la mía.

—¿Qué?

—Pienso acompañarte, Milton.

—No seas loca.

—Está decidido.

—¿Es que no te das cuenta de lo peligroso que es?

—Claro que me doy cuenta. Por eso quiero volver contigo a la mansión de Murray. Con mi ayuda, te será más fácil cumplir tu misión.

—La tuya ha terminado ya, Sabrina. No tienes por qué arriesgar tu vida.

—Deseo hacerlo, Milton.

—¿Por qué?

—Entre otras cosas, porque no quiero darte la posibilidad de verte a solas con la fogosa Yurika. Ni con ninguna de las otras chicas de Murray.

El agente rió.

—¿Crees que iba a perder el tiempo haciendo el amor con alguna de ellas?

—No lo perderías, lo aprovecharías muy bien —repuso Sabrina, con el ceño fruncido.

—¿Cómo puedes pensar que yo...?

—Te conozco, Milton. Y estoy segura de que, de no haber estado yo presente, habrías aceptado la generosa proposición de Murray y te hubieras ido a la cama con la japonesa. Y hasta puede que con las cuatro a la vez.

El agente volvió a reír.

—Me tengo por muy macho, Sabrina, pero no tanto. Y más, después de haber pasado la noche entera contigo, que también desgastas lo tuyo.

—Y lo que te voy a desgastar, si conseguimos salir de la mansión de Murray con vida —respondió la joven, con maliciosa sonrisa.

* * *

Milton

O'Brien

acertó cuando dijo que el resto del día sería muy tranquilo para ellos, ya que Francis Murray no envió más hombres con la misión de eliminar al agente del Servicio Secreto norteamericano.

Los tenía a todos en su mansión.

Esperándole.

Milton se estaba preparando ya para ir a la mansión del millonario.

También Sabrina, que seguía empeñada en acompañarle.

El agente había tratado de disuadirla, pero no lo consiguió.

Justo cuando abandonaban la habitación de Milton, vieron aparecer al encargado de recepción, con un periódico en las manos y el gesto nervioso.

—¿Ha leído los periódicos de la tarde, señor

O'Brien?

—No, la señorita Clayton y yo hemos estado muy ocupados, Lorenzo. —Respondió el agente, con significativa sonrisa.

—Cuatro muertos más.

—¿De veras?

—Les arrojaron una bomba y tuvieron que recoger sus pedazos con una pala.

Milton le tocó la espalda.

—No somos nadie, Lorenzo, ya se lo dije.

—Usted no sabía nada, ¿verdad?

—No.

—Qué raro.

—Hemos estado muy atareados, ya se lo he dicho.

—¿Van a salir, señor

O'Brien?

—Sí, cenaremos por ahí.

—Me enteraré por los periódicos de la mañana.

—¿De qué?

—Del número de hombres que morirán esta noche —respondió el recepcionista, y se alejó.

* * *

El Ford descapotable de Sabrina Clayton se hallaba detenido a prudente distancia de la mansión de Francis Murray, entre los árboles.

—Bien, ha llegado la hora, Sabrina —dijo Milton

O'Brien.

—Estoy dispuesta.

—Vamos allá, pues.

Salieron los dos del coche y caminaron silenciosamente hacia la mansión del millonario. Antes de saltar la tapia, el agente echó una mirada al otro lado.

Había un par de hombres cubriendo aquel sector de la propiedad, armados con metralletas. Si no los eliminaban antes, los verían saltar la tapia y darían la alarma con sus disparos.

Milton empuñó su moderna pistola automática, ahora provista de silenciador, y apuntó a los dos tipos por encima de la tapia, casi

sin asomarse.

Efectuó un par de disparos, muy rápidos.

Los dos hombres, certeramente alcanzados en el pecho, se desplomaron y quedaron inmóviles en el suelo.

—Ya podemos saltar —dijo el agente, ayudando a Sabrina a salvar la tapia.

Después, saltó él.

Encogidos, y con las armas prestas. —Sabrina empuñaba también una pistola automática, con silenciador—, caminaron hacia la casa.

Los cuatro hombres que custodiaban la verja, no se habían enterado de nada, por lo que continuaron en sus puestos, vigilando atentamente la entrada de la mansión.

Milton y Sabrina se tropezaron con otros dos tipos, también armados con metralletas. Para no ser descubiertos, el agente y la muchacha se echaron al suelo.

Un seto los protegía de las miradas de los individuos.

Lo malo era que los tipos iban hacia allí.

Milton, con el gesto, le pidió a Sabrina que aguardara su señal para atacar a los dos hombres, cuyas pisadas se oían cada vez más cerca.

Ya estaban llegando al seto.

Milton hizo la señal y él y Sabrina brincaron del suelo.

Los tipos no tuvieron tiempo de reaccionar, porque recibieron sendos golpes en la cara, propinados con las pistolas, y se derrumbaron en el acto, inconscientes.

Milton y Sabrina saltaron el seto, ataron a los tipos, y los amordazaron, todo ello con mucha rapidez. Después, siguieron avanzando hacia la casa con gran sigilo.

Querían entrar en ella por la puerta que daba al jardín.

Consiguieron llegar hasta él sin ser descubiertos, pero, por desgracia para ellos, dos de las chicas de Murray se estaban bañando en la piscina.

Eran Mayra y Britt.

Y se habían lanzado a la piscina completamente desnudas.

Milton sonrió y murmuró:

—Fíjate en eso, Sabrina.

—Ya te estás fijando tú por los dos —rezongó la muchacha.

—Bueno, yo... —carraspeó el agente.

—Menos mal que he venido contigo, porque si no ya te estabas quitando la ropa para lanzarte también a la piscina y hacerles el amor a esas dos en el agua.

Milton rió quedamente.

—Eso está bien para los peces, Sabrina. Yo prefiero la cama.

—¿Qué hacemos, Milton?

—Trataremos de entrar en la casa sin que la brasileña y la sueca nos vean.

—Nos descubrirán.

—Esperemos que no. Vamos, cariño.

Avanzaron cautelosamente hacia la puerta que daba al jardín.

De pronto, Mayra salió de la piscina.

Britt la imitó.

Los ojos de Milton se clavaron en sus desnudos cuerpos.

—Qué maravilla —murmuró.

—Luego te diré yo a ti —rezongó Sabrina, y se irguió de un salto, corriendo seguidamente hacia la brasileña y la sueca.

En un santiamén las tumbó a las dos, propinándoles sendos golpes en el cuello, con el cañón de su pistola.

Mayra y Britt quedaron tendidas sobre el césped, sin sentido.

—Vamos, ayúdame a atarlas y amordazarlas —gruñó Sabrina.

—Sí, cariño —sonrió Milton, acercándose.

—Y sin toquetearlas, ¿eh? No olvides que te estoy vigilando.

—Descuida.

Las tenían ya atadas y amordazadas a las dos, cuando aparecieron un par de tipos en el jardín, metrallita en mano.

Milton y Sabrina los vieron y dispararon sobre ellos, abatiéndolos antes de que hicieran funcionar sus metrallitas.

—Vamos, preciosa —dijo el agente, corriendo hacia la puerta.

Sabrina le siguió.

Entraron en la casa.

Estaban cruzando un corredor, cuando de repente se escuchó un ruido metálico y una reja cayó del techo, a sus espaldas, cortándoles la retirada.

Casi al mismo tiempo, otra reja caía delante de ellos, cerrándoles el paso.

Milton adivinó que habían sido descubiertos por el objetivo de

alguna cámara de televisión en circuito cerrado.

—¡Nos han atrapado, Milton! —gritó Sabrina.

—¡Ni mucho menos! —respondió el agente, sacando de su bolsillo una bola oscura como la que hiciera volar por los aires el Chevrolet marrón y sus cuatro ocupantes.

La arrojó sobre la reja que les cerraba el paso y empujó a Sabrina, gritando:

—¡Al suelo, preciosa!

La bomba estalló y destrozó la reja, las paredes y el techo, en medio de una gran humareda.

Milton y Sabrina se irguieron con rapidez, sucios de polvo, y echaron a correr.

Poco después, empezaron a surgir hombres de Murray.

Milton y Sabrina se lanzaron al suelo y dispararon sobre ellos.

Las metralletas ladraron, pero cuando ya los tipos que las manejaban tenían plomo en sus cuerpos.

Milton y Sabrina se incorporaron y prosiguieron su avance.

De pronto, vieron a Francis Murray.

El millonario se encerró en una habitación.

Milton intuyó que se trataba de una trampa y extrajo de su bolsillo otra bola explosiva, lanzándola contra la puerta de aquella habitación.

La puerta saltó, lo mismo que las paredes, quedando un boquete enorme.

Milton y Sabrina entraron en la habitación, llena de humo.

Dos hombres yacían en el suelo, muertos.

Más allá, estaba Francis Murray, tosiendo con fuerza.

Intentó sacar su arma, pero Milton cayó sobre él y se la arrebató.

—Se acabó, Murray.

—¡Maldito!

—¿Dónde está el oro de Fort Knox?

El millonario no respondió.

Milton le colocó el cañón de su automática en la sien derecha.

—¿Dónde ha dicho, Murray?

—En el sótano —tuvo que confesar Francis.

Epílogo

Los pocos hombres que quedaban con vida en la mansión tuvieron que rendirse, al amenazar Milton

O'Brien

con volarle la cabeza a Francis Murray si no arrojaban sus armas.

Avisado Anthony Farlow de que el oro de Fort Knox había sido recuperado, tomó inmediatamente las medidas oportunas para que los lingotes fueran devueltos a Fort Knox.

Francis Murray y su gente fueron trasladados también a Estados Unidos y encarcelados.

Milton decidió quedarse un par de días más en Acapulco, y el jefe del Servicio Secreto norteamericano no se opuso a ello, ya que por el momento no tenía ninguna otra misión que encomendarle.

Después de hacer el amor con Sabrina Clayton, en la habitación 312 del hotel Pacífico, el agente dijo:

—Quiero que vengas conmigo a Miami, Sabrina.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, deseo tenerte a mi lado.

—Hasta que te canses de mí, ¿no?

—Será difícil que yo me canse de ti, Sabrina —respondió el agente, acariciándole los pechos.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque te quiero.

Los ojos de Sabrina Clayton brillaron con intensidad.

—¿Estás seguro, Milton?

—Si no lo estuviera, no te lo habría dicho.

Sabrina le echó los brazos al cuello.

—Iré contigo a Miami, Milton, porque yo también te quiero.

El agente secreto la besó con vehemencia.

Ella le abrazó con renacido deseo.

Y mientras Milton y Sabrina se amaban de nuevo, abajo, en

recepción, Lorenzo leía en los periódicos de la mañana que otros once hombres habían aparecido muertos en una lujosa mansión ubicada en las afueras de la ciudad.

—¡Y van veintitrés! —exclamó, con ojos dilatados.

Estuvo tentado de subir a la habitación 312, para hablar con Milton

O'Brien,

pero desistió.

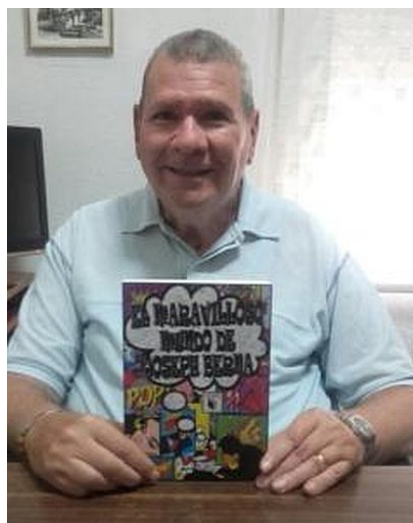
—Me da en la nariz que el reportero ya lo sabe —murmuró, con una leve sonrisa.

Y es que el recepcionista empezaba a sospechar que Milton

O'Brien

era algo más que un simple reportero internacional.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio "La Ferroviaria", del que guarda un grato recuerdo de su profesora "Doña Consuelo" que le apodó con el nombre de "Tragalibretas" debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto "José de Rivera" donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como "Seis cadáveres en potencia", "El reino de los seres de hielo", "La mansión de los mil y un horrores", "El coleccionista de seres", "El

terror cayó del cielo” o “El planeta robotizado”.